

CAPÍTULO NOVENO

THOREAU

Durante dos años, dos meses y dos días, del 4 de julio de 1845 en adelante, Henry David Thoreau (1817-1862) vivió solitario en una cabaña de troncos que construyó solo, valido únicamente de sus manos, con el hacha, y en el terreno de Ralph Waldo Emerson, refugio de ermitaño como el de Simón Estilita de la Tebaida, al principio de los tiempos, alejados ambos de los impertinentes, conviviendo con la naturaleza y con sus demonios personales; aquél, trepado en su plataforma aérea, y Thoreau asomado al espejo admirable del lago Walden, descifrando día a día su misteriosa pureza.

Era otra de las “ocurrencias” del “hombre extraño” (*Wagenknecht*) que fue Thoreau para la gente sencilla de Concord, Massachusetts, que recordaría también un inexplicable incendio en aquellos bosques, que se le atribuiría sin fundamento. Su insobornable limpidez moral haría la otra parte de la leyenda.

La pequeña ciudad, de la que nunca se separaría, la de nombre programático antes que emblemático, sería discordante con su hijo más famoso, pues otros ya eran célebres, Emerson y Hawthorne; con ellos casi nunca hubo problemas. El “casi” lo representó la abolición de la esclavitud y la reluctancia para asumir todas sus consecuencias, pues entonces fue necesario decantarse, y esos escritores no dudaron a la hora de elegir su estandarte en aquella batalla, que enemistó a los hermanos y a los amigos, separó a las familias y produjo dolorosas heridas, que tardarían muchos años en cicatrizar.

La vida entera de Thoreau quedó signada por su apasionada defensa de la libertad individual, que con la guerra abolicionista llegaba a su cenit histórico.

Él mismo, en 1847, respondiendo a un cuestionario de Harvard, su antigua y no tan amable Universidad, dijo: “Soy maestro de escuela, tutor privado, agrimensor, jardinero, campesino-pintor, quiero decir, pintor de casas, carpintero, albañil, jornalero, fabricante de lápices de grafito, fabricante de papel de lija, escritor y, a veces poetaastro”. Pero —añade Wagenknech— “olvidó mencionar que ensayó asimismo la colocación de empape-

lados y la inspección gratuita de tormentas de nieve y lluvia, y que sus tareas comenzaban antes que el campesino o el leñador más temprano acudiese a su trabajo y continuaban después de que la costurera más tardía de la noche hubiese aplicado la última puntada”.²⁷⁹

Vida laboriosa como la que más, impulsada por su incesante curiosidad y su optimismo congénito, al haber gustado a fondo, profundamente, la comunión con el espíritu de los bosques, los ríos y lagos, las marmotas y los mapaches, los búhos y las cigarras y las hormigas, criaturas de una creación gloriosa ante sus ojos, que mucho tenían de la limpidez infantil, por la que mágicamente el mundo era un asombroso prodigio cotidiano.

Sin embargo, Thoreau sostuvo un día, públicamente y en sede académica, que habría sido mejor invertir el calendario: trabajar un día a la semana y descansar los seis restantes, lo que no es una mala idea, aunque difícilmente practicable todavía.

Thoreau fue “defensor ardiente y convencido de causas perdidas, que no por perdidas son menos justas —sostiene JJ Coy— quien ha establecido los elementos centrales de su ideología política, la de un hombre que no creía en la política de los políticos de tiempo completo, los profesionales del malabarismo escamoteador de la realidad de calles y plazas, a ellos ajenas del todo”.

Coy²⁸⁰ cree ver en la obra de Thoreau un talante libertario y a un tiempo solidario, antiimperialista en el apogeo del imperialismo norteamericano, que en la primera mitad del siglo XIX se apoderaría, sin justificación, sin razón ni derecho alguno, de la mitad del territorio de la joven República mexicana, atrocidad que le indignó a tal punto que cambió el curso de su vida.

Fue, asimismo, defensor decidido e irreductible del derecho a pensar por uno mismo, como defensa ante la avalancha del oportunismo político; fue, sin duda, rousseaniano, ecologista *avant la lettre*, convencido de la índole sagrada de lo natural; defensor acérrimo de las minorías indias contra el proceso genocida de su extinción paulatina, alentada por los nuevos amos de los territorios tribales; antiesclavista convicto y confeso, abolicionista incondicional en vísperas de la guerra civil norteamericana; defensor del derecho a la pereza, o mejor (para que nadie se escandalice) del *derecho al ocio creativo*, mucho antes de la fórmula de Paul Lafarque.²⁸¹

²⁷⁹ Wagenknecht, Edward, *Henry David Thoreau*, The University of Massachusetts Press, 1981 (hay una traducción, debida a Aníbal Leal: *Así era Henry David Thoreau*, Buenos Aires, 1985, p. 30).

²⁸⁰ Coy, Juan José, “Estudio preliminar” a *Desobediencia civil y otros escritos*, Madrid, 1987, pp. IX-XXVII.

²⁸¹ Ferreter Mora, José, *Diccionario de filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, tomo cuarto, p. 3319.

No se creyó Thoreau aquello del *meltingpot*, y más bien presencié una *anglo-conformity*, en la que desaparecerían los particularismos nacionales de los emigrantes, dejando el lema “e pluribus unum” arrinconado en las monedas de un centavo, y nada más.

A manera de anécdota, se contaba que Thoreau no anudaba las agujetas de sus zapatos (como tampoco lo hacen hoy millones de jóvenes urbanos), pero no por comodidad o moda, como éstos, sino porque no lograba hacerlo correctamente, lo que es inverosímil, aunque sea regocijante para algunos y fuera finalmente un grave defecto que no tenía nada de risible. Como tampoco era humorística su decisión de cambiarse el nombre al salir de Harvard y ser de ahí en adelante Henry David y no el David Henry de su bautismo. Tan no lo era, que llegó a recibir una indignada carta de una dama concordiana que le espetaba, furibunda, que él sería siempre David Henry y nunca Henry David ¡“nunca de los nuncas; no más eso nos faltaba”!

Al lado de vecinos impresentables y obtusos estaban los grandes: Emerson, Hawthorne, Alcott, Sanborn, la pléyade de Nueva Inglaterra, y por ahí pasaron también Stevenson y Melville, y a ellos también se debió que la complejidad de Thoreau fuera explicada al mundo y reivindicada su original rebelión individualista-solidaria que dijo Gandhi, pues también Thoreau inspiró el método libertador de India. Inspiró muchas otras cosas más y las sigue impulsando con sus letras hasta estos días, en que algunos lo reclaman como alternativa político-ideológica ante las crisis globales, que no son la excepción, sino la regla de cada año.

Grande fue el dolor que sufrió con la cruel muerte de su hermano John, víctima del tétanos en angustiada asfixia paulatina, cuyos síntomas reprodujo Henry David psicomatizando la agonía de aquél.

No fue dolorosa, en cambio, la negativa (un tanto buscada inconscientemente, dicen los especialistas, Harding el primero) de Ellen Sewal en 1840 a su propuesta de matrimonio, institución muy contraria a su modo de ser, y que le hubiera aherrojado en una apacible prisión doméstica. Murió pacíficamente, después de una neumonía larga e imprudente, el 6 de mayo de 1862 en Concord, y fue enterrado en el Cementerio Nuevo, desde donde sus restos fueron trasladados a Sleepy Hollow, descansando por fin en la Colonia de Escritores, junto a otros de la arcadía de su pueblo nada pueblerino, puesto que no podían serlo Thoreau, Emerson y Hawthorne, grandes de las letras de todos los tiempos, quienes desde Concord llegaron hasta el confín del mundo, cual los barcos balleneros de Nantucket²⁸² “trascendentalistas”

²⁸² Algo del alma y la vida material de la sociedad a la que pertenecía Thoreau ha quedado magistralmente delineada por N. Fillbrick en su espléndido relato *On a Treat of the Sea*, traducida en 2015.

empeñados en vencer las inmanencias que, fatalmente, acompañaran al ser humano.

“En la prosa de Thoreau hay una respiración de caminata por un bosque y de trabajo al aire libre”, afirmó Muñoz Molina, grande entre los grandes de hoy (en *Babelia* núm.1156).

La corriente trascendentalista norteamericana —afirma Ferrater Mora— fue representada por William Ellery Channing, Theodore Parker, Henry David Thoreau y Ralph Waldo Emerson. Era tanto un movimiento filosófico como religioso y político, nacido de una reacción frente al materialismo y el tradicionalismo: contra el primero sustentaban los tradicionalistas agrupados en el Trascendental Club, fundado en Boston en 1836, la superioridad del espíritu en un país que no acababa de cuajar y en el que el espíritu del capitalismo acabaría por imponerse.

El trascendentalismo no es una simple afirmación de lo trascendente, pero no equivale tampoco a una inmanentización de la idea y el espíritu, por cuanto convierte cada cosa en reflejo o espejo de una realidad superior a ella misma. En política, el trascendentalismo no parte de la experiencia sola, sino de la conciencia; no tiene como único punto de partida la historia humana, sino también la naturaleza humana. En la ética, el trascendentalismo afirma que el hombre posee facultades morales que lo conducen al Derecho y a la Justicia. Por eso, el problema de la filosofía trascendental estriba en revisar la experiencia de la humanidad y probar sus enseñanzas por la naturaleza de la humanidad; atestiguar la ética por la conciencia moral y la ciencia por la razón; *probar los credos de las Iglesias y las constituciones de los Estados por medio de la constitución del Universo*; derribar lo falso, facilitar lo necesario y ordenar lo justo.²⁸³

Emerson y su círculo trascendentalista convirtieron la pequeña ciudad de Concord en el centro intelectual de los Estados Unidos durante esos años. Fueron figuras destacadas de este grupo Orestes Brownson (en cuya casa sirvió Thoreau durante seis semanas); Margaret Fuller, pionera del feminismo norteamericano y editora de *The Dial*, revista de literatura política y religión, órgano de los trascendentalistas de Concord, muerta trágicamente en un naufragio; Elizabeth Peabody, librera e inventora del *kindergarten* norteamericano, que inspiró a un personaje de *Las Bostonianas* de Henry James; Bronson Alcott, padre de Louisa Mary, la autora de *Mujercitas*, pedagogo progresista, partidario de un método educativo integral, físico, in-

²⁸³ Emerson, Ralph Waldo, *Ensayos*, traducción de Luis Echevarría, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 516-538.

telectual, estético y moral; Jones Very, ermitaño, y Frederick Henry Hedge, fundador del famoso Club de Debates.

Emerson proclamó en el Ensayo VII de la Serie II²⁸⁴ en línea trascendentalista, que

el Temor, la Astucia y la Avaricia no pueden construir algo que sea más que polvo. Cuando las Nueve Musas se encuentran con las Virtudes hallan para su designio una sede tan grande como el Atlántico, protegida del calor por verdes ramas de huerto, donde el estadista traza sus surcos para sembrar trigo; cuando la Iglesia es una institución social, *cuando la casa del Estado es el hogar, entonces ha llegado el Estado perfecto, el republicano se halla en su casa.*

Dijo también, con relativismo muy moderno, que las instituciones estatales no son, no pueden ser, superiores al ciudadano, y “que toda ley y costumbre fue el expediente de un hombre para hacer frente a un caso particular”.

La política —sostuvo firmemente— descansa en cimientos necesarios, y no puede ser tratada con ligereza (deficiencia que es casi monopolizada por la mal llamada “clase política”, que ni es clase y que hace de la política un pavoroso remedo de ella) como ocurre al pretender que “cualquier medida, aunque sea absurda, se puede imponer a un pueblo con solo obtener los votos suficientes para hacer la ley. Pero el hombre sabio sabe que la legislación descabellada es una cuerda de arena que parece al retorcerse y que la forma de gobierno que prevalece es la expresión de lo que haya de cultura en la población que la permite” (por ejemplo, el funesto arraigo, la prisión preventiva *ad eternum*, las inmorales e ilegales presunciones de culpabilidad, las escuchas e intervenciones de la comunicación entre particulares; en fin, el largo etcétera mexicano, urdido por los insensibles teóricos extraviados adictos al poder político, comparsas a sueldo del presidente en turno).

Emerson sostuvo que

la ley es solamente un memorándum. Somos supersticiosos y estimamos algo la ley: *su fuerza está en proporción con la cantidad de vida que contenga en el carácter de los hombres vivientes...* Nuestra ley es dinero en circulación, en el que estampamos nuestro retrato.

Los sueños de los hombres sinceros y sencillos son proféticos. Lo que el joven sueña y reza y pinta hoy será la resolución de los organismos públicos, luego será llevada como una declaración de derechos en todo conflicto o guerra hasta que, por fin, se convertirá en ley triunfante que se establecerá por

²⁸⁴ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, cit.

cien años hasta que de paso, a su vez, a nuevas oraciones e imágenes. La historia del Estado esboza con torpes contornos el progreso del pensamiento y sigue a la distancia la delicadeza de la cultura y de las aspiraciones humanas. La teoría de la política... considera a las personas y la propiedad como los dos objetos para cuya protección existe el Gobierno. Las personas tienen iguales derechos porque son idénticas por esencia. *Este interés, con todo su poder, demanda una democracia.* En tanto que los derechos de todos como personas son iguales, *sus derechos de propiedad son muy desiguales*, a causa de un accidente.

Los “derechos personales” —concluye el bostoniano— universalmente idénticos, demandan uno basado en el censo; la propiedad demanda un gobierno basado en los propietarios y en la propiedad.

Pero la propiedad pasa, mediante la donación o la herencia, a los que no la crean. Han surgido dudas —añade— acerca de si no se ha *concedido demasiado* en las leyes a la propiedad y de si se ha dado a nuestras costumbres una estructura tal que permitan al rico abusar del pobre y mantenerlo pobre, pero principalmente debido a que *hay un sentido instintivo, aunque oscuro y todavía inarticulado*, de que *toda la constitución de la propiedad*, basada en sus presentes prerrogativas, es injuriosa y su influencia sobre las personas *perjudicial y degradante*.²⁸⁵

Emerson se inclina por la idea de que “el único interés que ha de considerar el Estado son las personas”, pues la propiedad —afirma— “seguirá siempre a las personas”, con lo que se alinea en las filas ilustradas y niveladoras, sin decir nada novedoso en el fondo.

Sí lo es, en cambio, su tesis de que “el fin más elevado del Gobierno es la cultura de los hombres y que si los hombres, pueden ser educados, las instituciones participarán en su mejoramiento y el sentimiento moral dictará su ley sobre la tierra”.

Resplandece entre estas líneas el fulgor de la Ilustración. La afirmación es propuesta política y no una mera declaración de personal e íntima adhesión a los valores del espíritu. Veía Emerson levantarse ante la nación que, pujante y poderosa, iba construyendo su designio imperialista, los escollos a los que habría de enfrentar un día no ya muy lejano:

La sociedad consta siempre, en gran parte de jóvenes y necios. Los viejos, que han visto la hipocresía de los tribunales y de los políticos, mueren y no dejan ninguna sabiduría a sus hijos. Estos creen a sus periódicos lo mismo que hicieron sus padres en su época... Con esta *mayoría ignorante y fácil al engaño*, los estados correrían pronto a su ruina... Bajo cualquier forma, las personas y la propiedad tienen que tener y tendrán su justo yugo... y los atributos de una persona; su ingenio y energía moral ejercerán bajo cualquier ley o bajo cual-

²⁸⁵ Wagendnetch, *op. cit.*, pp. 76 y 77.

quier absorbente tiranía su propia fuerza, si no de acuerdo con la ley, sí de un modo secreto; si no de acuerdo con la ley, sí en contra de la ley; mediante el derecho o mediante la fuerza.

Son las leyes naturales las que realmente importan y quienes ordenan en última instancia siguiendo la explosiva idea según la cual “una nación de hombres unánimemente consagrados a la libertad o a la victoria puede fácilmente confundir la aritmética de la estadística y realizar acciones extraordinarias, completamente desproporcionadas a sus méritos, como lo han hecho los griegos, los suizos, los americanos y los franceses”.

No fue menos provocadora su tesis del liderazgo, que tanto emocionaba a John Kennedy:

“Es imposible fijar los límites de la influencia personal, porque las personas son órganos de fuerza moral o sobrenatural. Bajo el dominio de una idea que arrebató a las mentes de las multitudes, como la libertad civil o el sentimiento religioso, los poderes de las personas no son materia de cálculo”. Según su biógrafo Ted Sorensen, Kennedy leyó a fondo a Emerson durante las largas y dolorosas convalecencias de su juventud, encadenado a su lecho de enfermo y de lector voraz; acudiría a los aforismos de Emerson en sus discursos presidenciales elegantes y elocuentes, que mucho contribuyeron a su aura de joven y seductor monarca, taumaturgo, audaz y fascinante.

No es menos sugestiva la idea de Emerson de que “cuando el rico es derrotado en una votación, como ocurre frecuentemente, es que el tesoro unido de los pobres excede al de los ricos”. ¿Habrán ellos de confirmarse hoy ante un Trump de trampas, el producto más logrado de la actual perversión democrática?

El gran señor bostoniano, que como los James vivía indistintamente en una y otra ribera del Atlántico, norteamericano cosmopolita, proclamó la especificidad de los Estados Unidos de América:

En este país estamos orgullosos de nuestras instituciones políticas, las cuales son singulares de los hombres que viven, *del carácter y condición del pueblo*, que expresan todavía con suficiente fidelidad y que nosotros las preferimos de una manera ostentosa a cualesquiera otras de la Historia. No son mejores, sino únicamente más adecuadas para nosotros. Acaso seamos prudentes al afirmar las ventajas de la forma democrática en los tiempos modernos... Hemos nacido demócratas y no estamos en modo alguno calificados para juzgar la monarquía, la cual, para muchos padres que vieron en la idea monárquica, era relativamente justa. Pero nuestras instituciones, aunque coinciden con el espíritu de la época, no tienen ninguna excepción de los defectos prácticos

que han desacreditado a las otras formas. Todo Estado actual está corrompido.

A los indignados de hoy les complacerá la conclusión de Emerson: “¿Qué sátira sobre el gobierno puede igualar la severidad de censura que encierra la palabra ‘político’, que durante siglos ha significado ‘astuto’, dando a entender que el Estado es una argucia?”

La *Weltanschauung* romántica es telón de fondo. De ahí que el siglo XIX sea el de la crítica radical del Estado, de todo Estado y no solamente del absolutista del siglo XVIII. Había una suerte de desencanto, de fatiga y de hastío en muchos intelectuales, europeos y norteamericanos, ante la complejidad del laberinto estatal y de los enigmas de la conducta política. Insatisfacción generalizada ante la realidad grosera de la democracia electorera que contó y cuenta con la ignorancia y el prejuicio de las masas, gracias a las cuales los manipuladores de la máquina engañan a los únicos dueños del Estado, los ciudadanos, a quienes les fue expropiada por la implacable lógica capitalista: el principio del bienestar colectivo se convertía, a ojos vistas, en un infierno global. Había libertad para enchufarse el individuo al sistema, y sólo para ello contaba con la protección de la ley; no en cambio, para rebatirlo e impugnarlo, como lo hizo Thoreau, advirtiendo con su conducta el peligro que el Gigante representaba en su trasmutación como Big Brother, que fatalmente habría de nacer si no lo impedían hombres insumisos, que ya veían que el sueño de la razón engendraba las monstruosidades que Goya develó.

Vio Emerson llegar el padecimiento endémico de las democracias, la corrupción de los partidos políticos:

Un partido es corrompido perpetuamente por los personalismos. Ordinariamente nuestros partidos son partidos de circunstancias y no de principios, como los intereses de los labradores en conflicto con los de los comerciantes, el partido de los capitalistas y el de los obreros. Los partidos de principios, el del sufragio universal, el de la abolición de la esclavitud, el de la abolición de la pena de muerte, degeneran en personalismos... De los dos grandes partidos que en este momento casi se reparten la nación entre ellos, diría que uno tiene la causa mejor y el otro tiene los mejores hombres. El filósofo, el poeta o el hombre religioso, desearán, desde luego, dar su voto con el demócrata a favor del comercio libre, del sufragio universal, de la abolición de las crueldades legales del Código Penal y por facilitar de todas las maneras el acceso de los jóvenes y de los pobres a las fuentes de la riqueza y el poder. Pero raramente pueden ser aceptados los filósofos, los poetas y los piadosos como representantes de esas generosidades, pues *no tienen en el corazón los fines que dan el nombre*

de la democracia, a todo lo que hay de esperanza, y de virtud en ella. En la otra parte, el partido conservador; compuesto de la parte de población más moderada, capaz y culta, es tímido y *se limita meramente a defender la propiedad.* No reivindica ningún derecho, ni aspira a ningún bien real, ni condena ningún crimen, ni propone ninguna política generosa, ni construye ni escribe, ni mima a las artes, ni protege a la religión, ni establece escuelas, ni estimula la ciencia, ni emancipa a los esclavos, ni es amigo de los pobres, ni de los indios, ni de los emigrantes. De ningún partido, cuando está en el poder, tiene el mundo que esperar ningún beneficio en la ciencia, arte o humanitarismo, en consonancia con las fuentes de la nación.

La retahíla emersoniana expone los nudos problemáticos que llevarán a la guerra civil y revela la preocupación del ensayista por la pérdida de rumbo del empuje americano. Ante todo, ejemplifica el deber del intelectual frente al espectáculo político, desenmascarándolo y desnudándolo para ilustración de la ciudadanía, a fin de contenerlo dentro de límites razonables; es decir, en la jaula de la política, sin permitirle colisionar ni interferir con otros sistemas sociales, que no obedecen a su lógica bajo la pena de desnaturalizarse: el de la religión, el de la ciencia, el de las artes, el del derecho y el de los valores y convicciones personales.

Advirtió también que “la libertad salvaje desarrolla una conciencia de hierro. La falta de libertad, fortaleciendo la ley y el decoro, causa estupor a la conciencia. Un populacho no puede ser permanente: el interés de todo el mundo requiere que no exista; solamente la justicia satisface a todos por igual”.

En Emerson queda advertida la tesis de este libro,²⁸⁶ a saber: que la naturaleza humana se expresa en las leyes tan característicamente como en las estatuas, o en las canciones, o en los ferrocarriles, y que “un extracto de los códigos de las naciones sería una transcripción de la conciencia común”.

A fin de enriquecer las posibilidades del análisis jurídico, habría necesidad, además, de encontrar los vasos comunicantes entre el derecho como legislación, como saber, como doctrina, y la literatura, las artes, el urbanismo, la arquitectura y otros saberes que conllevan control social, como la medicina y la psicología, tarea multidisciplinaria que viene siendo exigida hace ya muchos años como reacción a un formalismo útil cuando no se le sacraliza, como ocurrió con el discurso jurídico en las décadas sesenta y setenta del siglo pasado. Emerson seguramente habría estado de acuerdo con esta propuesta, y a Thoreau le hubiera interesado sólo por un rato.

²⁸⁶ “De la rebelión individualista a la desobediencia civil” (actualmente en las prensas del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM).

“Feo como el pecado”, dijo Hawthorne descubriendo a Thoreau: “la nariz larga, la boca deforme y modales toscos y un tanto rústicos, aunque corteses”. Para la señora Hawthorne, “había llegado a ser tan gentil, sencillo, franco y amable como deberían ser todos los genios, con grandes ojos azules que se imponían a la nariz larga que, según ella pensaba, “debió perjudicarlo constantemente”.²⁸⁷

Wagenknecht refiere que “hay versiones de personas que no lo conocían y que la primera vez lo confundieron con un buhonero, un calderero, un peón y un vagabundo”; es preferible abordarlo como uno de los grandes hijos de la alegría, pues la alegría de un alma es la medida de su pureza. “Sin duda, la alegría es la condición de la vida”. Afrontaba el futuro con esperanza y un discreto grado de confianza, como observó Berkowitz cuando relata que al exhortar Thoreau a los hombres a ser fieles a su naturaleza, implicaba que “el ciego y poco viril amor a la riqueza no es una parte esencial de la naturaleza humana”.

Aunque sabe que el gobierno civil, con todos los problemas que crea, es una necesidad, anticipa un período lejano en que los hombres podrán gobernarse solos. “Aún habrá otros amaneceres; el Sol no es más que un lucero del alba”.

“La tristeza jamás se justifica, pues siempre existe la vida, que, vivida con acierto, implica una satisfacción divina”. Era el sentimiento de “un niño”, del niño eterno e imbatible que fue Thoreau a los ojos de Emerson y a los de otros que gozaron con la fuerza liberadora del “niño” que confesaba que su estado de ánimo era el más propicio para ver algo maravilloso: la tristeza misma tenía fertilidad, porque evitaba que la vida fuera trivial.

Embocando la flauta, que sabía tañer aceptablemente, era una suerte de Pan vagando por bosques encantados, oyendo a los viajeros que pasan cantando con “la inagotable capacidad natural del hombre para la vida divina, la sumisión a la Naturaleza, la religión de la contemplación y la libertad de la simplicidad”: le sonaba a música hasta el ruido de los hilos telegráficos, “que vibran como un arpa a gran altura”.

Su formación académica fue la de Harvard, aunque no guardaba hacia ella el sentimiento habitual de afección filiar que provoca el “alma mater”. Conoció ahí los principios de latín y el griego, habiendo también cursado la enseñanza del francés, el español, el italiano (en que no era muy diestro) y el alemán (en que mereció una alta calificación).

²⁸⁷ Wagenknecht, Eduard, *Así era Henry David Thoreau*, Buenos Aires, Fraterna, 1985, pp. 35-92.

“Fue un erudito clásico por el mero imperio de las circunstancias pero *un romántico por temperamento*”, al decir de G. Gohdes. Sostuvo que el resultado definitivo y más alto fruto natural de la más excelsa sabiduría escrita, la poesía: el misticismo de la humanidad, así como el mito era la sabiduría registrada de los hombres, de los profetas, de los fundadores espirituales de la cultura.

Cuando murió, su biblioteca constaba de unos cuatrocientos volúmenes solamente, pero usó la de Emerson muy rica y selecta; era un esclavo de la letra impresa, y leía de todo aunque no todo fuera de su interés y agrado. Prefería algo que leer, lo que fuera, a no poder leer.

Después de escribir *Walden* leyó la *Antígona* de Sófocles y a Lucrecio. *Antígona* armoniza patentemente con *Desobediencia civil* al margen de que haya influido a no directamente sobre ella, lo que hace del libro de Thoreau un nuevo clásico. También se aventuró con Herodoto y Estrabón. Los *Himnos Órficos* le atraían, y Homero condensaba para él lo mítico y lo heroico, así como ocurría con Plutarco y con Esquilo. No admiró a Platón ni frecuentó a Aristóteles...

“Leería a Virgilio —afirmaba Thoreau— aunque sólo fuera para recordar la dignidad de la naturaleza humana en todos los tiempos”. El *Bhagavad-Gita* influyó sobre él de modo importante, aunque algunos no admiten dicho influjo, pues Thoreau, dicen, nunca entendió el verdadero significado del dualismo oriental, su pesimismo y su resignación. Sólo espigó frases, pero no profundizó en las ideas centrales de los sistemas. En cambio, se adentró en Dante y en Milton: “*vemos con Dante pero sentimos con Milton*”. Claro que leyó a Linneo y se adentró en la botánica de la Ilustración enciclopedista: *Mis prisiones* de Silvo Pellico le dieron el tono para escribir la suya, brevísima. Los vikingos y sus exploraciones también cautivaron su atención, y los mitos nórdicos le entusiasmaron. Chaucer le encantaba, con lo que su código genético puritano se vio muy alterado a favor de la serenidad, la inocencia, la humanidad y la religión. Pero, en cambio, sorprende su desconocimiento de la gran literatura del siglo XVIII, excepción hecha de Swift y sus *Viajes de Gulliver* y de la obra de Sterne. Presumía, con justificada razón, su conocimiento de Raleigh, uno de sus grandes héroes. Leyó a Wordsworth, a Carlyle y a Coleridge. Sin embargo, no le complacía el análisis erudito, puesto que “la poesía no puede respirar en tal atmosfera”. Es también incomprensible su caprichoso desprecio por la cultura egipcia y sus “amontonamientos, de piedras”. En el fondo, Thoreau profesaba la tesis, construida por él con elegancia: “si un hombre no sigue el paso de sus compañeros, quizás procede así porque oye un tambor diferente. Dejémosles que él se atenga a la música que oye, por muy diferente que sea de la nuestra”.

La obra de Thoreau fue un soliloquio. “Observaba su propia mente como el gato que observa el orificio de la cueva del ratón”. Sabía —dice Wagenknecht— que amaba los libros más que sus vecinos, pero eso no lo convencía de que fuera mejor que ellos. “En mi locura soy el mundo que condeno”. Lo mejor de él —decía también— estaba en los libros que escribió, y fuera de esas obras confesaba ser un “patán balbuceante y torpe” (frase que mucho le complacía a Rubén Bonifaz, añorado y altísimo poeta, latinista impar).

“Ser filósofo —y Thoreau lo fue asistemático— no es sólo concebir pensamientos sutiles y ni siquiera fundar una escuela, sino amar tanto la sabiduría que uno viva, de acuerdo con sus dictámenes, una vida sencilla, independiente, magnánima y confiada”.

La vida de Thoreau fe todo eso, pero no fue sencilla: “El incidente más increíble de su carrera es el incendio casual que provocó en los bosques de Concord, cerca de Fair Haven, en 1844. Él afirma que quemó unas cincuenta hectáreas, pero el *Concord Freeman* informó entonces que eran, por lo menos, ciento cincuenta hectáreas”. Que esto haya sucedido a un frecuentador de los bosques y a un conservacionista tan convencido es en sí mismo bastante asombroso, pero que Thoreau haya adoptado frente al incidente una actitud tan altanera es aun más extraño. Afirmase que, durante años, los habitantes de Concord lo llamaban “incendiario de bosques” y “condenado bandido”. “Me dije —escribió Thoreau— ¿Quiénes son estos hombres que afirman su condición de propietarios de los bosques y cuál es mi relación con ellos? Incendí el bosque, pero no les provoqué ningún mal. Arreglé cuentas conmigo mismo y estuve contemplando las llamas que se acercaban. Fue un espectáculo glorioso y yo era el único que podía verlo”. El hecho mismo de que escribiese estas líneas, seis años después del episodio, revela claramente que está racionalizando, a mucha distancia del incidente, en un permanente esfuerzo por recobrar la paz interior.²⁸⁸

Thoreau hace entender su personal visión: “Sus propias obras inspiran al genio: es hermafrodita, y sus libros, consecuencia de una misteriosa partenogénesis”. Habrá pocos que sostengan tal idea de la creación literaria.

Thoreau tuvo el cuidado de enlistar sus defectos como escritor: ser amante de las paradojas; ser ingenioso con sus juegos de palabras; utilizar frases hechas y máximas populares; ser disperso y..., no siempre ser sincero. Para sus contemporáneos, Emerson a la cabeza, “Thoreau es demasiado religioso para ir a la iglesia, demasiado patriota para pagar sus impuestos y demasiado humanista, demasiado fervoroso, para interesarse por el bienestar del vecindario”.

²⁸⁸ Wagenknecht, *op. cit.*, pp. 76 y 77.

Lo cierto es que, en 1939, según lo consigna Wagenknecht, Henry Seidel Canby incluyó a Thoreau, con Bacon, Shakespeare, Pope, Johnson, Franklin y los traductores de la Biblia del rey Jacobo, “entre los grandes creadores de la oración inglesa”.

A *Walden* no es posible considerarlo una autobiografía más ni mucho menos una reseña o crónica de las experiencias al borde del lago, círculo perfecto, sino “una *fábula* en la cual la materia prima extraída de esas experiencias ha sido recreada en formas artísticas que son reales pero no concretas, pues cuando llegaron a nosotros existían sólo en la imaginación del artista”.²⁸⁹

Thoreau vivió en la cabaña de Walden Pond poco más de dos años. Leo Marx considera el hecho como otra manifestación de la geografía moral norteamericana, una combinación nativa de mito y realidad. La choza que estaba al lado del lago se alzaba en el centro de un paisaje simbólico en el cual la aldea de Concord aparecía a un costado de una amplia extensión de naturaleza virgen del otro.

Buell sostiene que Walden es el fenómeno en que los trascendentalistas estuvieron más cerca de crear una obra de ficción en prosa, y si el lago es un mundo mítico, en ese caso “yo” debe ser una persona que es, al mismo tiempo, el narrador y el tema de la obra. Hay en ella “símbolos ambiguos” como en *Moby Dick*, en *The scarlet letter* y en *Prelude*. Comienza en primavera, recorre el ciclo de las estaciones con predominio del nacimiento y la renovación. Se describe el movimiento cíclico de los días, así como el que corresponde al año; los capítulos individuales alternan las realidades y los reflejos, y los capítulos y párrafos están cuidadosamente equilibrados interiormente: “hechos percibidos por la mente, pensamientos pensados por el cuerpo; con estos elementos yo tengo que lidiar”.²⁹⁰

La analogía entre el paseante solitario del Walden y el del Lemán, Rousseau, no ha sido destacada, pero la coincidencia es gratamente sorprendente: las errancias por los bosques, las herborizaciones, las “meditaciones a la intemperie”, son comunes a los dos. Algo habrá sabido Thoreau de su precursor, el más ilustre genio de Ginebra, tan conservadora como Concord. Rousseau es el maestro, y Thoreau, su discípulo, que conoció poco la letra y mucho el espíritu de ese su lejano mentor.²⁹¹ Pero Rousseau se vio impelido a una altura que Thoreau nunca conocería, grandiosa como el Macizo del Jura, el blanco y anguloso telón de fondo de la niñez del suizo. La seducción

²⁸⁹ *Ibidem*, p. 86.

²⁹⁰ Wagenknecht, *op. cit.*, p. 87.

²⁹¹ “Amo mucho a mis amigos, pero compruebo que es inútil ir a verlos. Cuando estoy cerca de ellos suelo odiarlos”. “Podemos odiar a aquellos a quienes amamos; somos indiferentes a otros”.

de la naturaleza arrebató a ambos hacia regiones misteriosas, lejos del reino de las cogitaciones cartesianas, tan árido y estéril, comparado con el sentimiento y las emociones que vivieron los dos.

Hay una analogía importante con Hawthorne: tenían mucho en común. Ambos eran al mismo tiempo realistas y espiritualistas y ambos estaban fascinados por los símbolos. Los dos sospechaban de los reformadores y estaban convencidos de que el orden social podía mejorar sustancialmente sólo mediante el progreso moral de los individuos que lo forman.

Thoreau plantó un jardín para los Hawthorne cuando éstos se fueron a vivir a Concord, y vendió a Hawthorne un bote en el cual salían juntos a navegar. La relación con Emerson fue, inicialmente, la de discípulo y maestro; sin mediar ningún conflicto o disputa, el vínculo fue haciéndose paulatinamente débil y acabó por romperse anímicamente. Thoreau quizá percibió el peligro de quedar absorbido y desfigurado por tan potente intelecto, que, además, caminaba rápidamente hacia un conservadurismo repugnante. De cualquier modo, también para Emerson empezó a serle ajeno Thoreau, quien nunca lo llamó por su nombre, sino a partir de la carta que comienza con un “estimado Waldo, pues he oído decir que ése es su nombre”, que habrá sido muy antipático al beneficiario de aquella misiva aristocrática.

Thoreau, con todo y sus excentricidades, suscitaba una intensa impresión de pureza en todos los que lo conocían. S. Chase dijo “su vida se caracterizaba por la pureza y la bondad”,²⁹² y mientras Henry James lo veía peor que provinciano, parroquial, Charles Ives creyó que era tan universal que no necesitaba recorrer el mundo para demostrarlo, y aunque no creía en la utilidad de los viajes, que para él constituían un desastre, su obra está llena de imágenes de viajes, pero de una peregrinación interior. Es el *homo viator* de la teología clásica, que singulariza una vida sedentaria sólo en el sentido más evidente y primario de la palabra.

Para el gusto de hoy, el experimento de Thoreau tiene el sabor de un extraño fruto, que no es exótico ni salvaje del todo. “Thoreau nunca abjuró de la civilización, ni teórica ni prácticamente. Al margen de lo que pudo intentar en Walden Pond, lo cierto es que no intentó revivir la experiencia de Robinson Crusoe. Cuando en Maine tropezó con un auténtico ermitaño, se preguntó cómo podía hacer ese hombre para soportar su separación de la humanidad”.²⁹³ Por otra parte, Thoreau tuvo más compañía y recibió a más invitados durante los dos años que vivió en Walden Pond que muchos habitantes solitarios de la ciudad moderna.

²⁹² Wagenknecht, *op. cit.*, p. 130.

²⁹³ *Ibidem*, p. 163.

Parrington —afirma Wagenknecht— halló los términos apropiados cuando dijo de Thoreau que era “economista trascendente”, y que Walden representaba un experimento controlado de carácter económico.

Por lo demás, no lo impulsaba la penuria, sino sólo el intento de ordenar la vida de modo que las cosas principales no se perdieran entre las superfluas. El tiempo era vida, y él no deseaba canjearlo por el desecho. Creía que cuando uno gana más de lo que necesita, sencillamente adquiere un estilo de vida más caro y, por consiguiente, limita su libertad y aumenta su susceptibilidad, temeroso de que se le arrebatan los medios de prolongar esa situación, y, al mismo tiempo, entrega rehenes al orden vigente y crea vacas sagradas a las que uno mismo tiene que servir, y que adoptan la forma de intereses creados. Por lo tanto, el propósito de la ocupación ganancial era suministrar los medios para cultivar y sostener el intelecto y el espíritu.

Pero ¿por qué precisamente Walden? Tenía que escribir un libro, y para hacerlo necesitaba aislarse, y además estaba muy incómodo y disgustado con la reacción de sus vecinos al incendio misterioso del bosque. Y caben —dice Wagenknecht— otras explicaciones, alguna sentimental y erótica. Thoreau dijo que se alejaba de Concord y se ponía a vivir en la cabaña porque quería “completar ciertas tareas privadas con el menor número posible de obstáculos”.

Fui a los bosques porque *deseaba vivir conscientemente*, afrontar únicamente *los hechos esenciales de la vida...* Quería vivir profundamente y absorber toda la sustancia de la vida, vivir de un modo tan áspero y espartano que desechase todo lo que no fuera vida... arrancar la vida y reducirla a sus términos más bajos y, si eso no me acomodaba, percibir la mezquindad del asunto y denunciarla ante el mundo.

La declaración enigmática proclama, ante todo, una especie de ascesis laica y propone otro “viaje a lo esencial”, tal y como lo hizo el polinésico Gauguin,²⁹⁴ él, a miles de kilómetros de París. Thoreau, que desconfiaba de toda larga travesía, tenida por él como cosa inútil, emprendió la suya alejándose tan sólo unos cuantos metros de su pueblo. En ambos casos su emboscadura tuvo como resultado una obra revolucionaria, innovadora y original, y consiguió también otra mirada sobre el mundo, que después de ellos dos ya no sería igual, análoga a la cabaña ártica de Wittgenstein, cuando el filósofo viviera ahí con su joven compañero, en la clásica “soledad de dos” leyendo a Tolstoi, es decir, en el “espíritu” de Thoreau, y rechazando

²⁹⁴ *Vid ut. supra.*

sus posesiones cuantiosas, inmensa fortuna acerera, como una carga inútil al igual que el conde ruso, como el santo de Asís y san Jerónimo...

Walden Pond fue por otra parte un experimento de agricultura de subsistencia. La agrimensura era importante para su negocio de lápices de grafito; ante todo, el alejamiento lo acabó por convencer de que “no todos los hombres podían avanzar hacia una nueva Frontera y ocupar parcelas baldías en las áreas colonizadas. Nunca quiso que otros hombres lo siguiesen a la espesura”.²⁹⁵

El rechazo de Thoreau a la política marrullera de sus días, a los partidos y los hombres tabernarios que campeaban en los capitolios norteamericanos, tuvo su origen en una convicción democrática radical: el gobierno corresponde en última instancia al pueblo, y la “representación política” es una burda ficción, una creación artificial, irreal, increíble e... insignificante. No era un anarquista —concluye Wagenknecht— en el sentido que pidiera la eliminación inmediata del gobierno, pero sí en el sentido de que la libertad política no le parecía muy importante porque no implicaba la libertad económica y moral.

En la mejor tradición contestataria y escéptica, porfiaba en “mantenerse obediente a las leyes de su ser, que nunca opondría a un gobierno justo... si llegaba a conocerlo un día”. Decía que “si tratamos de florecer y oler y saber dulce y refrescar a la humanidad en la medida de nuestra capacidad y calidad, realizaremos todo lo que somos capaces de hacer, y, al mismo tiempo, evitaremos las superficialidades, las parcialidades y las intolerancias de los reformadores que concentran los esfuerzos en sus proyectos favoritos y que, por eso mismo, acaban deformados”. Proclamaba orgullosamente: “No conozco riquezas que quisiera retener. No tengo ningún bien privado, a menos que se trate de mi capacidad particular para servir al público”.²⁹⁶

Un gobierno digno del apoyo de los ciudadanos debía, según Thoreau, fomentar oficialmente la cultura y las ciencias, el arte y la educación, los buenos caminos, la persecución del delito, ¡la extinción de los incendios!, la protección de la naturaleza y la vida silvestre y la educación de los niños, haciendo universidades de todas las aldeas, como lo soñó cuando fue secretario del Liceo de Concord. Las bibliotecas y galerías tenían para él la misma importancia que los bosques y parques, que a todos los hombres deben brindárseles; una posesión común, destinada a la instrucción y a la recreación colectivas. Para conseguirlo sí valía asociarse políticamente y empujar en dicho sentido, tanto más cuanto que la ambición individualista, “el indi-

²⁹⁵ Wagenknecht, *op. cit.*, p. 169.

²⁹⁶ *Ibidem*, p. 174.

vidualismo posesivo”, ya asomaba sus ávidas garras con el monopolio ferrocarrilero, el gran negocio mundial de la segunda mitad del siglo XIX, que hizo la fortuna del duque de Guermantes, el fantasma proustiano que tuvo su correlato real en Gerfulhe y su bellísima e irresistible duquesa.

“Silenciosamente declaro la guerra al Estado, la que libraré a mi modo, aunque lo usaré y lo aprovecharé como pueda, como se acostumbra en estos casos”. Con estas palabras Thoreau “rompía las hostilidades” contra los poderes, político y social, que habían colocado al gigante norteamericano en la encrucijada de la guerra civil y en la inicua invasión militar para despojar a México de más de la mitad de su territorio: era la desobediencia civil lo que así se anunciaba.

“Si el Estado lo dejaba en paz, él lo dejaría en paz, pero si le exigía que cometiese una injusticia, tenía que resistirse”.²⁹⁷ En todo caso —y en sus propias palabras— “debo cuidarme que no sea yo mismo me preste al mal que condeno”, y, anticipando las posibles consecuencias, admitió que “bajo un gobierno que encarcela injustamente al individuo, el lugar que corresponde al hombre justo también es la prisión”.

El trasfondo de “Desobediencia civil”, del deber de la desobediencia civil, es la guerra de agresión a México,²⁹⁸ entre 1846 y 1848, que concluye con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, convención impuesta a la fuerza por el vencedor, quien, con cruel humanismo, tituló “de paz, amistad y límites”, y en cuya negociación los representantes mexicanos escribieron una página inmarcesible de dignidad y de diplomacia, denunciando el designio oculto de poblar el territorio robado con esclavos e inclinar así la balanza a favor de los estados sureños en la inminente guerra civil norteamericana. La historia de esos debates sigue siendo una lección de derecho internacional, y también de política imperialista; el primero estuvo a cargo de los mexicanos, y en el segundo, aquellos gringos salieron perdiendo.

Cabe un paréntesis para recordar que la comisión de negociadores mexicanos fue integrada por Herrera, Mora y Villamíl, Atristáin, Arroyo, Luis G. Cuevas y Bernardo Couto. Este último, un culto abogado, autor de un ejemplar ensayo sobre los pintores nacionales, fue el alma moral de la negociación forzada, negándose a escuchar siquiera la propuesta suma indemnizatoria del atropello incalificable. Couto redactó la nota, remitida a los angloamericanos negociantes:

²⁹⁷ *Ibidem*, p. 175.

²⁹⁸ Así lo sostiene J. J. Coy en su *Introducción*, ya citada. Wagenknecht difiere y le asigna otros motivos.

La guerra que hoy existe se ha empeñado únicamente por razón del territorio del Estado de Tejas, sobre lo cual la República Norteamérica presenta como título el acta del mismo Estado en que se agregó a la confederación norteamericana después de haber proclamado su independencia de México. Prestándose la República Mexicana a consentir, mediante la debida indemnización, en las pretensiones del gobierno de Washington sobre el territorio de Tejas, ha desaparecido la causa de la guerra y ésta debe cesar, puesto que falta todo título para continuarla. *Sobre los demás territorios comprometidos en el artículo 4o. del proyecto, ningún derecho ha alegado por ahora la República de Norteamérica, ni creemos posible que se alegue alguno.* Ella, pues, no podría adquirirlos sino *por título de conquista* o por el que resultara de la cesión y venta que ahora le hiciera México. Más como estamos persuadidos de que la República de Washington no sólo repele absolutamente, sino *tendrá como odioso* el primero de estos títulos, y como, por otra parte fuere cosa nueva y contraria a todo espíritu de justicia el que se hiciese guerra a un pueblo por la sola razón de negarse él a vender el territorio que un vecino suyo pretende comprarle, nosotros esperamos que la justicia del gobierno y pueblo de Norteamérica, que las amplias modificaciones que tenemos que proponer a las cesiones de territorio (fuera del de Tejas) no serán motivo para que se insista en una guerra que el mismo general de las tropas norteamericanas (W. Scott) ha calificado ya de desnaturalizada.²⁹⁹

Las esperanzas mexicanas fueron defraudadas. Emerson alzó la voz protestando ante tal ruindad, y Thoreau propuso la desobediencia al gobierno agresor e imperialista. Nada de ello cambió el destino del despojo, pero lo maculó por siempre como acto bárbaro e inexcusable. “Puede que Estados Unidos —dijo entonces Emerson— conquisten México, pero si ello sucede le acontecerá lo que al hombre que ingiere arsénico y muere. México nos envenenará”.³⁰⁰ Cuoto, por su parte, resaltó:

El tratado que hemos celebrado representa una gran desgracia, la que han tenido nuestras armas en la guerra (que los americanos libraron exitosos solamente a causa de su artillería superior) pero podemos asegurar que no contiene ninguna de aquellas estipulaciones de perpetuo gravamen o de ignominia a que, en circunstancias tal vez menos desventuradas, han tenido que someterse casi todas las naciones.³⁰¹

Bernardo Cuoto expresó a Trist (el jefe de la delegación norteamericana) el deseo de México de que en el Tratado quedara estipulado que no existiera

²⁹⁹ Carrillo Prieto, *Derecho y política en la historia de México*, México, PGR, 1996 pp. 67 y 77.

³⁰⁰ Citado por J. J. Coy, *Introducción*, p. XXIV.

³⁰¹ Carrillo Prieto, *Derecho y política...*, *cit.*, p. 75.

tiría la esclavitud en los territorios que pasarían a la soberanía angloamericana. No era una mera declaración formal: los mexicanos sabían que la causa última de la guerra era el expansionismo de los estados esclavistas en la lucha por el predominio contra los del norte, antiesclavistas e industriales. Trist pegó un brinco, dio el manotazo en la mesa y, con voz estridente y descompuesta, se negó siquiera a considerar la tesis mexicana, diciendo que carecíamos de todo derecho para formularla. Pudiera ser que no tuviera base legal, pero tuvo México la razón moral y el coraje necesarios para brillar en los momentos más aciagos de su historia. Esto tendría que haber cimbrado a Thoreau y a Emerson, orillándolos a la radicalización.

El solitario de Walden ideó entonces fórmulas del deber de la desobediencia civil, que después servirían a la lucha de Gandhi por la independencia de la India y a otros quizá menos célebres, pero igualmente alineados en el combate a los gobiernos que no son promotores de bienes públicos y del bienestar individual y colectivo, y que son más bien mecanismos opresores y violentos, al interior y allende sus fronteras: Gregg, Muller, Ramamurt, Ebert, Colbere, Frogner.

“Thoreau se indignaba ante la prepotencia, la agresividad y la marrullería de la acción norteamericana contra su vecino”. Canadá también peligraba, pues Teddy Roosevelt ya había propuesto la anexión inmediata de ésta a la Unión y el primer Cabot Lodge sostenía la criminal teoría de que “lo que este país necesita es una guerra”, que fue la de Cuba.

Thoreau —dice J.J. Coy—³⁰² denuncia la agresión a México, critica los procedimientos, desvela los trucos y va a la cárcel tan sólo por una noche, pero se pasa seis años sin pagar impuestos a fin de no alimentar aquella política agresiva, expansionista e infractora de los valores y del espíritu que los Padres de la independencia habían propuesto.³⁰³

El ensayo apareció impreso por primera vez en mayo de 1849, en una revista que se llamaba, un poco pretenciosamente, *Aesthetic Papers* y de la que era mentora la cuñada de Hawthorne, Elizabeth Peabody. En enero y febrero de 1848, Thoreau ya había soltado su soflama al menos en dos ocasiones en el Liceo de Concord. Si Thoreau se descuida un poco no le da tiempo, porque la guerra concluyó ese mismo mes de febrero de 1848, aunque desde luego, no como consecuencia del activismo de Thoreau. Cuando en la tarde del 23 de julio de 1846 Thoreau abandonó momentáneamente su retiro de Walden Pond para acudir al zapatero, el carcelero de Concord le recordó que llevaba

³⁰² *Op. cit.*, p. XXI.

³⁰³ “Jefferson”, en Carrillo Prieto, Ignacio, *El primer momento angloamericano*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 21013, el capítulo sobre Jefferson.

tiempo sin pagar impuestos. Thoreau se negó por principio a hacerlo y Sam Staples, con toda consideración, le dijo que le ponía en el brete de tener que encerrarle. Thoreau contestó que muy bien y, en un apartado significativo de su ensayo, relata Thoreau su noche en la cárcel y las reflexiones que aquello le suscitó. Más tarde incorporó este fragmento al ensayo con una erudita alusión a Silvo Pellico, pues tituló a su experiencia “Mis prisiones...”.³⁰⁴

El célebre escrito comienza con la frase, que hoy tiene otro sentido, el opuesto: “Acepto de todo corazón la máxima de que el mejor gobierno es el que gobierna menos”, que era el lema de la *Democratic Review* de Nueva York, en la que Thoreau ya había publicado varios trabajos y que recogía la herencia del pensamiento jeffersoniano, oponiéndose al hamiltoniano:

Un gobierno es, en el mejor de los casos, un mal recurso, pero la mayoría de los gobiernos son, a menudo y todos, en cierta medida, un inconveniente. El gobierno por sí mismo, que no es más que el medio elegido por el pueblo para ejecutar su voluntad, es igualmente susceptible de originar abusos y perjuicios antes de que el pueblo pueda intervenir. *El ejemplo lo tenemos en la actual guerra de México, obra de relativamente pocas personas que se valen del gobierno establecido como de un instrumento, a pesar de que el pueblo no había autorizado esta medida.* De este modo, los gobiernos evidencian cuán fácilmente se puede instrumentalizar a los hombres, o pueden ellos instrumentalizar al gobierno en beneficio propio. El propio temperamento del pueblo norteamericano es el que ha conquistado todos sus logros hasta hoy, y hubiera conseguido muchos más si el gobierno no se hubiera interpuesto en su camino a menudo. Y es que el gobierno es un mero recurso por el cual los hombres intentan vivir en paz; y, como ya hemos dicho, es más ventajoso el que menos interfiere en la vida de los gobernados... Pero, para hablar con sentido práctico y como ciudadano, a diferencia de los que se autodenominan contrarios a la existencia de un gobierno solícito, no que desaparezca el gobierno inmediatamente, sino un mejor gobierno *de inmediato*.³⁰⁵

Thoreau, con los pies en la tierra (aunque a veces no lo pareciera) se desmarcó de la ortodoxia tradicional del acratismo, con una deliberada maniobra dialéctica, pues bien sabía que sus conciudadanos no alcanzaban las razones y argumentos de Goldwin, Bakunin, Kropotkin, teorizantes ajenos al medio y a las preocupaciones norteamericanas de aquel momento: de lo que se trataba era eliminar los obstáculos gubernamentales para dar paso a la libre creatividad y al empuje de la personalidad de cada hombre.

³⁰⁴ Coy, Juan José, *op. cit.*, pp. XXII y XXIII.

³⁰⁵ Thoreau, H. D., *Sobre el deber de la desobediencia civil*, traducción de M. E. Díaz, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 29-31.

Después de todo, la auténtica razón de que cuando el poder está en manos del pueblo... no es por que posean la verdad ni porque la minoría lo considere más justo, sino porque físicamente son los más fuertes. Pero un gobierno en el que la mayoría decida en todos los temas no puede funcionar con justicia, al menos tal como entienden los hombres la justicia. ¿Acaso no puede existir un gobierno donde la mayoría no decida virtualmente lo que está bien o mal sino que sea la conciencia? ¿Dónde la mayoría decida sólo en aquellos temas en los que sea aplicable la norma de conveniencia? ¿Debe someter el ciudadano su conciencia al legislador por un solo instante, aunque sea en la mínima medida? Yo creo que deberíamos ser hombres primero y ciudadanos después. Lo deseable no es cultivar el respeto por la ley, sino por la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo.

El párrafo encierra un conjunto de tesis problemáticas que la teoría política y la del derecho discuten hasta hoy: la base social del mecanismo coactivo, los límites y puntos de contacto entre obligación moral y obligación política y el problema jusnaturalista básico. No puede dejar de sorprender la agudeza de Thoreau al formular la cuestión esencial de modo tan directo y la llaneza al exponerla sin tecnicismos ni distingos eruditos, inconducentes en este caso. Alguien podría advertir los ecos del grito de Antígona resonando hasta la eternidad y que vibra entre esos sencillos renglones, de alcances insospechados y trascendentales.

La masa sirve al Estado no como hombres sino básicamente como máquinas, con sus cuerpos. Ellos forman el ejército constituido y la milicia, los carceleros, la policía, los ayudantes del sheriff, etc. No ejercitan con libertad la crítica ni el sentido moral... Incluso se podrían fabricar hombres de madera que hicieran el mismo servicio. Otros, como muchos legisladores, políticos abogados, ministros y funcionarios, sirven al estado fundamentalmente con sus cabezas y como casi nunca hacen distinciones morales, son capaces de servir tanto al diablo, sin pretenderlo, como a Dios. Unos pocos, como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en un sentido amplio y los *hombres*, sirven al Estado además con sus conciencias y, por tanto, las más de las veces se enfrentan a él y, a menudo, se les trata como enemigos. Un hombre prudente sólo será útil como hombre y no se someterá a ser arcilla.³⁰⁶

El valor de la disidencia estriba, prácticamente, en ser un servicio al Estado, una auténtica dedicación vital útil a todos, pues permite no extraviar el rumbo moral de los empeños colectivos, no olvidando que el disenso no

³⁰⁶ Lo que ya sucede en la llamada “guerra de drones”.

tiene por qué ser descalificado como cosa de enemigos, puesto que su propósito no es otro que ayudar, con lucidez, al empuje de todos hacia una vida mejor. Por supuesto, la tesis no se limita a las oposiciones parlamentarias y partidistas, sino que comprende a toda conciencia atenta al bienestar general; periodistas, profesores, predicadores, protestatarios, a todos hay que reconocerles dicho servicio público, el de la crítica disidente. Es la herencia socrática de ciudadanos dialogantes y alertas, atendiendo al bienestar de la urbe y sus intereses legítimos, que no pueden acabar confundidos con meros apetitos personales, destructores, ellos sí, del acuerdo político básico. Es una nueva advertencia sobre el peligro sofisticado de hacer del antagonista un enemigo, y del adversario un criminal, en consonancia con la pulsión gregaria que aspira a unanimidades imposibles.

Vendría entonces el núcleo del problema:

“¿Cómo le corresponde actuar a un hombre ante este gobierno americano hoy? *Yo respondo que no nos podemos asociar con él y mantener nuestra propia dignidad.* No puedo reconocer ni por un instante que esa organización sea mi gobierno y al mismo tiempo el gobierno de los esclavos”. Esa incompatibilidad era la encrucijada más dolorosa del nuevo país, cuyo gobierno estaba empeñado en una guerra atroz contra México, preparatoria de la civil ante el nudo gordiano, mayor de su historia: el de la esclavitud abominable.

“Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir el derecho a negar su lealtad y a oponerse al gobierno cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesurados e insoportables”.³⁰⁷

Es el hallazgo de Thoreau: la revolución sin violencia. Equivale a postular que tanto o más eficaz que los disparos y los hechos de armas es la voluntad de oponerse a la tiranía o a la ineficacia de los poderosos, pues pecan por exceso o por defecto. La lectura que Thoreau hace Paine es precursora de los mejores momentos de una historia relativamente reciente: la de la independencia de la India, la de los derechos civiles de Martin Luther King y su sueño inmortal, la de Mandela y sus prisiones, y también la lucha de Salvador Nava contra el autoritarismo mexicano y el fraude electoral. Asimismo, podría ensayarse relacionar la tesis con el problema rousseauiano de *la volonté générale* y *la volonté de tous*: la primera puede ser objetada, a pesar de su “generalidad” por alguna o algunas surgidas del fondo de *la volonté de tous*.³⁰⁸

³⁰⁷ En realidad, no todos, pero sí Thomas Paine en *Human Rights*. Véase Carrillo Prieto, Ignacio, *El primer momento angloamericano*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 21013, el capítulo dedicado a Paine.

³⁰⁸ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, *cit.*

a fin de lograr otras reglas que la generalidad admita y reconozca como válidas, para comenzar otro ciclo de anuencia y disidencia.

La obligación de desobediencia era evidente:

Cuando *una sexta parte* de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad está esclavizada, y toda una nación es *agredida y conquistada injustamente* por un ejército extranjero y *sometida a la ley marcial*, creo que ha llegado el momento de que los hombres honrados se rebelen y subleven.

Enorme traición a la ilustración jeffersoniana y, al ideario fundante de los Estados Unidos de América, ahora trasmutados en un mundo hostil y discordante, fracturado por la esclavitud, empujado a un expansionismo feroz, alimentado por la fórmula económica que tenía en la esclavitud institucionalizada un poderoso motor al que no quería renunciar, sino antes ideaba multiplicar en los territorios arrebatados, cobarde y cruelmente, a México. A Thoreau, a Emerson, a “los hombres honrados”, aquello tenía que resultarles intolerable y vergonzoso y una fuente de obligación negativa de obediencia: denuncian el contrato político, puesto que una de las partes había incumplido lo pactado.

Thoreau buscó apoyo, para los fines de su argumentación, en la obra de William Paley (1743-1805) *Principios de filosofía moral y política* (1785). Alumno primero y profesor de Cambridge después durante diez años, Paley ejerció también —consigna Ferrater— un arquidecanato en Carisle. Su tesis es que “no hay incompatibilidad entre la voluntad de Dios y la aspiración humana a la felicidad”, puesto que Dios no puede sino querer que los hombres sean felices. Todas las obligaciones morales se derivan de la mencionada coincidencia. Por otro lado, la ley de Dios coincide con la ley natural que, asimismo, ordena la felicidad para el mayor número posible. Paley admitía que la propiedad privada puede brindar beneficios, pero a la vez denunció los males que puede causar, especialmente cuando es expresión de egoísmo.

Lo que Thoreau rescata de él es la cuestión *del deber de sumisión al gobierno civil* reproduciendo literalmente la idea de Paley en el sentido de que “mientras el interés de la sociedad entera lo requiera es decir, *mientras la institución del gobierno no se pueda cambiar o rechazar sin inconvenientes públicos*, es voluntad de Dios que se obedezca a ese gobierno, pero no más allá... Admitido este principio, *la justicia de cada caso particular de rebelión se reduce a calcular*, por un lado, la proporción del peligro y del daño y, por el otro la posibilidad y coste de corregirlo”.

De lo que se colige que la vital felicidad vocacional del hombre designo tanto de Dios como de la naturaleza también se alcanza en momentos críticos si se sabe calcular el costo del cambio de régimen político. Claro está que el más gravoso tiene que ser la violencia civil, la discordia ciudadana, la anulación de lo político, por lo que hay que conducirse con extremada agudeza ante semejantes dilemas. De ahí brotará *la solución no violenta*. El fogoso solitario del Walden no duda un momento de una guerra al interior, no sólo del gobierno, sino también en el seno de las familias y de las instituciones religiosas y académicas. Hay una excepción insoslayable, que, según Thoreau, no contempló Paley: los casos en que la “regla de convivencia” no se aplica; es decir, “cuando un pueblo o un solo individuo deben hacer justicia a cualquier precio. Si le he quitado injustamente la tabla al hombre que se ahoga, debo devolvérsela, aunque me ahogue yo. Esto, según Paley, sería inconveniente”.³⁰⁹

Aparece entonces una afirmación “escandalosa” y radical: “Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de luchar contra México aunque le cueste la existencia como tal pueblo”, lo que pudo haber ocurrido si Abraham Lincoln no lo hubiera evitado a toda costa, pues su guerra interna fue secesionista. Para Thoreau, el “cliché” de norteamericanos individualistas y antiesclavistas y sureños agricultores esclavistas no era sino un prejuicio y una mentira insostenible, pues sus conciudadanos de Massachusetts, “cien mil comerciantes y granjeros, que están más interesados en el comercio y la agricultura que en el género humano, no están dispuestos a hacer justicia ni a los esclavos ni a México”.³¹⁰

Para preparar el advenimiento de la justicia anhelada, Thoreau escribe la página quizá más vibrante y honda del ensayo, que toca el fondo no sólo de esas dos cuestiones críticas, la esclavitud y México invadido, sino del mecanismo electoral democrático en general y de sus limitados alcances en la consecución de la felicidad de los hombres, tal y como él la concebía.

Miles de personas están, en teoría, en contra de la esclavitud y la guerra, pero de hecho no hacen nada para acabar con ellas; miles se consideran hijos de Washington y de Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer y no hacen nada; miles que *incluso posponen la cuestión de la libertad a la cuestión del libre mercado* y leen en silencio las listas de precios y las noticias del frente de México tras la cena, e incluso caen dormidos sobre ambos. ¿Cuál es el valor de un hombre honrado y de un patriota hoy? Dudan y se lamentan y a veces redactan escritos, pero no hacen nada serio y

³⁰⁹ Thoreau, H. D., *op. cit.*, p. 35.

³¹⁰ *Idem.*

eficaz. Esperan, con la mejor disposición, a que otros remedien el mal, para poder dejar de lamentarse. *Como mucho depositan un simple voto y hacen un leve signo de aprobación y una aclamación a la justicia al pasar a su lado.* Por cada hombre virtuoso, hay novecientos noventa y nueve que alardean de serlo, y es más fácil tratar con el auténtico poseedor de una cosa que con los que pretenden tenerla. *Las votaciones son una especie de juego,* como las damas o el backgammon que incluyen un suave tinte moral; *un jugar con lo justo y lo injusto,* con cuestiones morales; y desde luego incluye apuestas. No se apuesta sobre el carácter de los votantes. Quizás deposito el voto que creo más acertado, pero no estoy realmente convencido de que esto deba prevalecer. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. Su obligación por tanto, nunca excede el nivel de lo conveniente. Incluso *votar por lo justo es no hacer nada* por ello. Es tan sólo expresar débilmente el deseo de que la justicia debiera prevalecer. Un hombre prudente no dejará lo justo a merced del azar, ni deseará que prevalezca frente al poder de la mayoría. *Hay muy poca virtud en la acción de las masas.* Cuando la mayoría vote al fin por la abolición de la esclavitud, será porque les es indiferente la esclavitud o porque sea tan escasa que no merezca la pena mantenerla. Para entonces, ellos serán los únicos esclavos. Sólo puede acelerar la abolición de la esclavitud el voto de aquel que afianza su propia libertad con ese voto.

Thoreau ya había advertido que “lo más importante no es que una mayoría sea tan buena como tú, sino que exista una cierta bondad absoluta en algún sitio *que fermenta toda la masa*”, como dijo san Pablo a los Corintios en su Primera Carta.

Por supuesto, no es un deber del hombre dedicarse a la erradicación del mal, por monstruoso que sea. Puede tener, como le es lícito, otros asuntos entre manos; pero sí es su deber, al menos en la práctica, no le dé su apoyo... He oído decir a conciudadanos míos: “me gustaría que me ordenaran colaborar en la represión de una rebelión de esclavos o marchar hacia México; ¡veríamos si lo hago!”; y, en cambio, *ellos mismos han facilitado un sustituto directamente con su propia lealtad e indirectamente al menos con su dinero.* Al soldado que se niega a luchar en una guerra injusta le aplauden aquellos que aceptan mantener al gobierno injusto que la libra.³¹¹

La ilegitimidad que el ejercicio indebido del poder político conlleva, como en el caso, es causa eficiente de la denuncia ciudadana con que ha de ser descalificado y abolida esa obra disolvente; pero no basta con opinar: es preciso actuar: esa es la gran noticia de Thoreau, pues está en las manos de

³¹¹ *Ibidem*, p. 38.

la voluntad ciudadana el remedio a esa perversión, la de una política atenta a los intereses de pocos en agravio de los mayoritarios. Cuál sea el camino para llegar a ser eficaz es el otro problema; de entrada, no puede ser el de la violencia, que, antiautoritaria que sea, no llega, sin embargo, a donde Thoreau quiere llegar:

¿Cómo puede estar satisfecho un hombre por el mero hecho de tener una opinión y quedarse tranquilo con ella? ¿Puede haber alguna tranquilidad en ello, si lo que opina es que está ofendido? Si tu vecino te estafa un solo dólar no quedas satisfecho con saber que te ha estafado o diciendo que te ha estafado, ni siquiera exigiéndole que te pague lo tuyo, sino que inmediatamente tomas medidas concretas para recuperarlo y te aseguras que no vuelva a estafarte. *La acción que surge de los principios de la percepción y la realización de lo justo, cambia las cosas y las relaciones, es esencialmente revolucionaria y no está del todo de acuerdo con el pasado. No sólo divide Estados e Iglesias, divide familias e incluso divide al individuo, separando en él lo diabólico de lo divino.*³¹²

Otro eco evangélico se deja oír en esas palabras fundamentales: “No he venido a traer la paz sino la espada y por mi causa el hermano se separará de su hermano”. Thoreau ve en la acción que surge de los principios de la percepción y realización de lo justo, una acción revolucionaria, innovadora, no atada a preconcepciones y prejuicios que invocan al pasado como el mejor de los tiempos.

Hay leyes injustas: ¿Nos contentaremos con obedecerlas o intentaremos corregirlas y las obedeceremos una vez que lo hayamos conseguido? ¿O las transgrediremos desde ahora mismo? Bajo un gobierno como éste nuestro, muchos creen que deben esperar hasta convencer a la mayoría de la necesidad de alterarlo. *Creen que si opusieran resistencia el remedio sería peor que la enfermedad.* Pero eso es culpa del propio gobierno. ¿Por qué no está atento para prever y procurar reformas? ¿Por qué no aprecia el valor de esa minoría prudente? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a estar alerta y a señalar los errores para mejorar en su acción?³¹³

En último análisis, resulta que el gobierno injusto es incorregible desde dentro y que las reformas necesarias para mejorarlo no cabe esperar provengan de quienes, al administrarlo desviadamente, privilegian sus propios y egoístas intereses. No hay siquiera un “despotismo ilustrado” para remedio de esos males. Todo ha de venir de los ciudadanos, una minoría escl-

³¹² *Ibidem*, p. 40.

³¹³ *Idem*.

recida que proponga, con sus palabras y sus obras, la resistencia civil a la mayoría.

Se pensaría que *una negación deliberada y práctica de su autoridad* es la única ofensa que el gobierno no contempla; si no, ¿por qué no ha señalado el castigo definitivo, adecuado y proporcionado? Si un hombre sin recursos se niega una sola vez a pagar nueve monedas al Estado, se le encarcela (sin que ninguna ley de que yo tenga noticia lo limite) por un periodo indeterminado que se fija según el arbitrio de quienes lo metieron allí; pero si hubiera robado noventa veces nueve monedas al Estado, en seguida se le dejaría en libertad.

Thoreau pone así de manifiesto una de las grandes flaquezas del poder gubernativo, debilidad de la institución administradora de los bienes públicos, que tiene castigos para todo contradictor, pero que no cuenta con alguno que precisamente sancione a quien no reconozca o a quien rebata su *derecho a castigar*, aduciendo aquella radical inmoralidad. Es, en el fondo y de nuevo, el derecho a la revolución, que Thoreau invocó desde el inicio del ensayo y presupuesto a lo largo de la argumentación entera. “Si la injusticia forma parte de la inevitable y necesaria fricción de la máquina del gobierno, dejadla así, dejadla. Quizás desaparezca con el tiempo; lo que sí es cierto es que la máquina acabará por romperse”.³¹⁴

Una suerte de ley histórica ineluctable: esas injusticias que la maquinaria del poder prohija acaban siempre por estropearla. No se trata sólo del ángulo moral de la cuestión: va en juego la propia continuidad y reproducción del sistema, sin necesidad de recurrir habitual y multiplicadamente al uso de la fuerza, que termina, *ex hipotesi* por ser imposible físicamente si se mira la progresión geométrica de los desobedientes frente a la aritmética de los agentes del control social, el ejército y las policías. Thoreau no recomienda subvertir el orden “si la injusticia tiene un muelle o una polea o un cable o una manivela exclusivamente para ella”, es decir, si no es sistemática y generalizada, pues entonces el remedio pudiera resultar peor que la enfermedad. “Pero si es de tal naturaleza que os obligue a ser agentes de la injusticia, entonces os digo, quebrantad la ley. *Lo que tengo que hacer es asegurarme de que no presto a hacer el daño que condeno yo mismo*”. Es el núcleo del deber de desobediencia civil lo que así se formula:

Es moral, política y jurídicamente indebido prestar obediencia a las atrocidades estatales, y la “obediencia debida” será un sinsentido bajo esta óptica, y no podrá aducirse ni en descargo moral ni como excluyente de responsabilidad jurídica. (Fue de otro modo, el poderoso antejo con que el

³¹⁴ *Idem.*

juez Raúl Zaffaroni, hace algunos años, descifró la cadena de complicidades de la oligarquía militar argentina, de Videla, Massera y los restantes genocidas y su círculo delincencial, sanguinario y cobarde que echó la muerte a vuelo).

El problema será, de ahora en adelante, la conexión entre medios y fines, lo que, sin duda, no es poca cosa:

En cuanto a adoptar los medios que el Estado aporta para remediar el mal, yo no conozco tales medios... No vine al mundo para hacer de él un buen lugar para vivir, sino a vivir en él, sea bueno o malo. Un hombre no tiene que hacerlo todo, sino algo y debido a que no puede hacerlo todo, no es necesario que haga algo mal. No es asunto mío interpelar al gobierno o a la Asamblea Legislativa, *como tampoco el de ellos interpelarme a mí*; y si no quieren escuchar mis súplicas, ¿qué debo hacer yo? Para esta situación el Estado no ha previsto ninguna salida, *su Constitución es la culpable*. Esto puede parecer duro, obstinado e intransigente, pero a quien se ha de tratar con mayor consideración y amabilidad es únicamente al espíritu que lo aprecie o lo merezca...

“No vacilo en decir que aquellos que se autodenominan abolicionistas deberían *inmediatamente* retirar su apoyo personal y pecuniario al gobierno de Massachusetts y *no esperar* a constituir una mayoría, antes que tolerar que la justicia impere sobre ellos. Yo creo que *es suficiente que tengan a Dios de su parte*, sin esperar a más” (que es la frase de John Knox, el escocés calvinista, grabada en el Muro de la Reforma de Les Bastions de Ginebra).³¹⁵

En la aritmética moral de Thoreau, “un hombre con más razón que sus conciudadanos ya constituye una mayoría de uno”. Y el *modus operandi* no puede moralmente también, dejar de ser de resistencia civil pacífica a la opresión gubernamental.

Tan sólo una vez al año me enfrento cara a cara directamente con este gobierno americano, a su representante en la persona, del recaudador de impuestos. Es la única situación en que un hombre de mi posición invariablemente se encuentra con él, y él entonces dice claramente: “Reconócame y el modo más simple y efectivo y hasta el único posible de tratarlo en el actual estado de cosas, de expresar mi poca satisfacción y mi poco amor por él es rechazarlo.”³¹⁶

Thoreau ha cruzado su Rubicón, y al efectuar el paso irreversible ha anunciado un modo distinto de lidiar con la opresión, uno que comienza

³¹⁵ Que, antes, santa Teresa lo había dicho con su ¡“sólo Dios basta”!

³¹⁶ Thoreau, *op. cit.*, pp. 41 y 42.

por negar autoridad a la autoridad arbitraria, no combatiéndola sólo con ensayos y artículos periodísticos, que son sin duda necesarios, pero no suficientes: se precisa de la acción, la única que no empareja violencia con violencia, pues no reconoce en el antagonista derecho alguno a vencer en la pelea de los hombres por sus derechos básicos, por cuya prevalencia vale la pena el sacrificio.

“Estoy seguro que si mil, si cien, si diez hombres honrados que pudiese nombrar, si solamente diez hombres honrados, incluso si un solo hombre honrado en este Estado de Massachusetts dejase en libertad a sus esclavos y rompiera su asociación con el gobierno nacional y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, esto significaría la abolición de la esclavitud de América”. Un tono bíblico, una perífrasis de los Ángeles y Lot en Sodoma, el canon del hombre justo y su valor intocable, indestructible, es la fórmula del autor de *Walden*. Thoreau también propone la táctica, pues “no importa que el comienzo sea pequeño si está bien hecho. Bajo un gobierno que encarcela a alguien injustamente, el lugar que debe ocupar el justo es también la prisión. Hoy el lugar adecuado, el único que Massachusetts ofrece a sus espíritus más libres y menos sumisos, son sus prisiones; se les encarcela y se les aparta del Estado por acción de éste”.

Lo que en suma es el centro del problema, pues es el Estado el autor de esas violencias contra los insumisos y no la insumisión la causa de la violencia, como siempre ha sido tildada, ya que a una mayoría absoluta no le agrada la desobediencia y encuentra erróneamente en ella, no el efecto, sino la causa de las fracturas sociales, interpretación muy a modo para el partido de los opresores, y que mucho contribuye a reproducir *sine die* el mecanismo de la arbitrariedad. La prisión es el símbolo de la ruptura con el despotismo antes que un castigo penal, y, también y paradójicamente, el último reducto de la libertad.

Ahí es donde el esclavo negro fugitivo y el prisionero mexicano en libertad condicional y el indio que viene a interceder por los daños infligidos a su raza deberían encontrarse con los insumisos; en ese lugar separado, pero más libre y honorable, donde el Estado sitúa a los que no están con él sino contra él: esta es la única casa, en un Estado con esclavos, donde el hombre libre puede permanecer con honor. Si alguien piensa que su influencia se perdería allí, que sus voces dejarían de afligir el oído del Estado y que ya no serían un enemigo dentro de sus murallas, no saben cuánto más fuerte es la verdad que el error, cuánto más elocuente y eficiente puede ser combatir la injusticia cuando se la ha sufrido en carne propia.³¹⁷

³¹⁷ *Ibidem*, p. 43.

No lo vería Thoreau; pero de su doctrina llegaría la abolición del *apartheid* y surgiría Nelson Mandela, Gandhi y King, cuyas hazañas más famosas también tuvieron el sello de las tesis del irreductible concordiano, el profeta y el adelantado de la insurrección civil que asoma hoy en toda latitud sin que al parecer haya orejas políticas en algún lugar capaces de descifrar el aullido del vendaval que pudiera acabar en una tormenta global. La que vivió Thoreau fue una guerra civil, y como trasfondo, la honda desilusión en la naturaleza humana que pudo y puede aceptar y sancionar, propagar y defender a cualquier precio la esclavitud, esa aberración radical, el mayor extravió del corazón y de la razón de nuestra especie, que así negaba para sí misma el alto lugar que ocupa en el orden de la vida.

Una minoría no tiene ningún poder mientras se aviene a la voluntad de la mayoría; en ese caso ni siquiera es una minoría. Pero cuando se opone con todas sus fuerzas es imparable. Si las alternativas son encerrar a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará cuál elegir. *Si mil hombres dejaran de pagar sus impuestos este año, tal medida no sería ni violenta ni cruel, mientras que si los pagan, se capacita al Estado para cometer actos de violencia y derramar la sangre de los inocentes. Esta es la definición de una revolución pacífica, si tal es posible.*³¹⁸

Sin fanfarrias, Thoreau lanza su solitario *Manifiesto* de una lógica de aparente y asombrosa sencillez, que lo hizo irresistible, más aún cuando, muchos años después, fuera aducido ante Johnson y Nixon para obligarlos a concluir la infructuosa carnicería vietnamita y los horrores del corazón de las tinieblas. Esa revolución, de efectos limitados, pero tangibles, produjo las imágenes indelebles del Mall de Washington, un mar de mujeres y hombres que, con King, “soñaron un sueño”, el del triunfo de las libertades que un día fueranpreciado tesoro colectivo, reunido con tesón por Jefferson y Paine y Adams y Hamilton y Madison y Franklin primero y por Lincoln y Roosevelt después, por decir únicamente los nombres cimeros.

“Una vez que el súbdito ha retirado su lealtad y el funcionario ha renunciado a su cargo, la revolución está conseguida”, lo que parece fácil decir —Thoreau lo sabía mejor que nadie— y muy complejo realizar, de tal modo que la doble dimisión política que entraña, desde dentro y fuera del aparato coactivo estatal, se produzca concomitante y ponga en crisis al gobierno opresor. Es la denuncia del pacto político-social que mueve a la mayoría para formular y proponer otro mejor, es decir, uno que convoque al consenso sin el costo de fracturas esenciales y cíclicas, lo que implica “un

³¹⁸ *Ibidem*, p. 44.

mínimo” moral compartido, un código básico de ética política incontrovertible del que los derechos humanos y las libertades públicas forman el capítulo esencial. Lo anterior es antes un desiderátum, que un hecho, como es patente y pudiera singularizarse bajo la frase “la doble dimensión desobediente”. El asunto grave de un eventual derramamiento de sangre durante el proceso es aparentemente hecho de lado con un apóstrofe bíblico también de corte: “¿Acaso no hay un tipo de derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa herida se vierten la auténtica humanidad e inmortalidad del hombre y su hemorragia le ocasiona una muerte interminable. Ya veo correr esos ríos de sangre”.

El calvinista que había en Thoreau encara con alguna repugnancia el problema de las riquezas particulares.

Aquellos que afirman la justicia más limpia y, por tanto, los más peligrosos para un Estado corrompido, no suelen haber dedicado mucho tiempo a acumular riquezas... Pero los ricos (y no se trata de comparaciones odiosas) están siempre vendidos a la institución que les hace ricos. Hablando en términos absolutos, a mayor riqueza, menos virtud, porque el dinero vincula al hombre con sus bienes y le permite conseguirlos y, desde luego, la obtención de ese dinero en sí mismo no constituye ninguna gran virtud. El dinero acalla muchas preguntas que de otra manera tendría que contestar, mientras que la única interrogante nueva que se plantea es la difícil pero superflua de cómo gustarlo. De este modo, los principios morales se derrumban a sus pies. Las oportunidades de una vida plena disminuyen en la misma proporción en que se incrementan lo que se ha dado en llamar los medios de fortuna. Lo mejor que el rico puede hacer a favor de su cultura es procurar llevar a cabo aquellos planes en que pensaba cuando era pobre.³¹⁹

La democracia jeffersoniana de millones de ciudadanos agricultores, frugales y honrados, trabajadores diligentes y religiosos, ya había cedido ante la hamiltoniana de comerciantes y fabricantes, que con la banca y las finanzas darían un giro radical a la nación de los Padres Peregrinos y de los Padres Fundadores, identificada ahora crecientemente con las historias de fortunas fabulosas, surgidas casi de un día para otro en medio de una sociedad que había cambiado el “sueño americano” por una agitada pesadilla expansionista y belicosa, sin auténtico control democrático: es el momento del nacimiento de una nueva estirpe, la del *citizen Kane*.

La lectura de Thoreau del pasaje evangélico de Mateo “Dad al César...” es un buen ejemplo de su retórica:

³¹⁹ *Ibidem*, pp. 44 y 45.

“Cristo —dice el solitario de Walden— respondió a los fariseos: mostradme la moneda del tributo, dijo y uno sacó un céntimo del bolsillo. Si usáis moneda que lleva la efigie del César y él la ha valorado y hecho circular y si sois ciudadanos del Estado y disfrutarías con agrado de las ventajas del gobierno del César, entonces devolvedle algo de lo suyo cuando os lo reclame”. Era una osadía más de Thoreau: ¡enmendarle la plana a san Mateo!, pero la libre interpretación, tan esencial al protestantismo, impidió poner el grito en el cielo, como habría indefectiblemente ocurrido en México, al que Thoreau veía justamente como la gran víctima del apetito imperialista incontenible del país de Hamilton.

Cuando hablo con el más independiente de mis conciudadanos (¿Emerson, Melville, Hawthorne, Alcott?) me doy cuenta que diga lo que diga acerca de la serenidad y magnitud del problema y su interés por la tranquilidad pública, en última instancia no puede prescindir del gobierno actual y teme las consecuencias que la desobediencia pudiera acarrear a sus bienes y a su familia.

La disyuntiva es aborrecible: “Si rechazo la autoridad del Estado cuando me presenta la factura de los impuestos, pronto se apoderará de lo mío y gastará mis bienes y nos hostigará interminablemente a mí y a mis hijos. Esto es duro...”.³²⁰

Ante tal posibilidad, lo que hace Thoreau es regresar al ideal jeffersoniano:³²¹ “No merece la pena acumular bienes; con toda seguridad se los volverían a llevar; es mejor emplearse o establecerse en una granja y cultivar una pequeña cosecha y consumirla cuanto antes. Se debe vivir independientemente, sin depender más que de uno mismo, siempre dispuesto y preparado para volver a empezar y sin implicarse en muchos negocios”.

En realidad, a Thoreau le parece que un Estado minimalista, en todos sentidos, es la única salida:

Mientras no necesite que Massachusetts me socorra en algún lejano puerto del Sur, donde mi libertad se halle en peligro, o mientras me dedique únicamente a adquirir una granja por medios pacíficos en mi propio país, *podré permitirme el lujo de negarle lealtad a Massachusetts y su derecho sobre mi vida y mis bienes*. Además me cuesta menos trabajo desobedecer al Estado que obedecerle. Si hiciera esto último me sentiría menos digno.

³²⁰ *Ibidem*, p. 45.

³²¹ Carrillo Prieto, *El primer momento...*, *cit.*, el capítulo sobre Thomas Jefferson y Virginia.

Un Estado siempre es un mal necesario, y toca a los ciudadanos saber contener dentro de ciertos límites, más allá de los cuales no tiene aquél ningún derecho que aducir, ninguna potestad que interponer, ninguna autoridad que ejercer. Nada en él puede tener mayor importancia que el deber de asegurar la libertad de los ciudadanos y su jeffersoniano derecho a ser felices, felicidad que comienza con una autonomía personal intangible y sagrada, sede de la dignidad del hombre moderno.

Su noche en la prisión de Concord —esa minúscula Atenas de la Nueva Inglaterra de aquel entonces— le llevó a formalizar una de las más agudas y radicales críticas al poder político aparecidas por encima y más allá de las que los partidos y los políticos podían permitirse, poniendo una carga explosiva no en el alcázar del edificio estatal, sino en sus propios cimientos, convocando a denunciar sus grandes imposturas y a actuar consecuentemente. Así, las luchas electorales de republicanos y demócratas, finalmente, eran un juego de espejos y, a la postre, un espectáculo montado para ocultar el veneno letal que conllevaba la negación frontal de los principios que alumbraron el nuevo país americano, un adolescente al que las ropas de antaño ya le venían cortas. La guerra contra México, la esclavitud y sus atrocidades lo ponían en trance mortal que Lincoln y su gente tendrían necesidad de estropear, proponiendo un nuevo acuerdo federal y un pacto moral. Entretanto, Thoreau sostenía, recordando sus *Prisiones*, que:

No he pagado los impuestos sobre los votantes desde hace seis años. Por ello me encarcelaron una vez durante una noche y mientras contemplaba los muros de piedra sólida, de 60 u 80 cm. de espesor, la puerta de hierro y madera de 30 cm. de grosor y la reja de hierro que filtraba la luz, no pude por menos que sentirme impresionado por la estupidez de aquella institución que me trataba como si fuera mera carne, sangre y huesos que encerrar. Me admiraba que alguien pudiera concluir que ése era el mejor uso que se podría hacer de mí y no hubieran pensado beneficiarme de mis servicios de algún otro modo.³²²

No resulta problemático el advertir una crítica de la institución penitenciaria, que en el modelo americano fue y es una contención, un depósito de cuerpos sin horizontes de reinserción social, de *readaptación*, como gusta hoy de decir la autoridad y hasta la academia. En efecto, las penas, los castigos legales podrían ser concebidos como servicios obligatorios a la comunidad ofendida por el delito, excepto, claro está, los casos extremos de antisocialidad: homicidios, torturas, secuestros, violaciones y lesiones dolosas. Para los

³²² *Op. cit.*, p. 47.

restantes no se requiere sólo de encierro y aislamiento, y para esos el aislamiento y el encierro no conducen a nada: sólo congelan la vida del infractor mirado, con razón, como peligroso. Aún así, “la peligrosidad” es el cartabón, subjetivo en buena parte, que posibilita un sinfín de arbitrariedades y atropellos en la persona de los reclusos. La institución es de aquellas que funcionan modernamente en una contradicción esencial: reeducar para la libertad en un espacio y un tiempo que la niegan. Thoreau vio el problema, aunque sólo fuera la suya una reclusión nocturna breve, correcta y muy trascendente, semejante a las de Voltaire y Diderot, atroces e indelebles las tres.

“Me parecía que si un muro de piedra me separaba de mis conciudadanos, aún habría otro, más difícil de rebasar o perforar para que ellos consiguieran ser tan libres como yo. No me sentí confinado ni un solo instante y los muros se me antojaban enormes derroches de piedra y cemento. Me sentía como si yo hubiera sido el único ciudadano que había pagado mis impuestos”. Hay reclusiones y confinamientos peores que la prisión, y para quien es libre interiormente no existen muros de piedra que lo castiguen: es el optimismo incurable de Thoreau. Sus carceleros eran dignos de su despectiva lástima: “lo mismo cuando alababan que cuando amenazaban cometían una estupidez, ya que pensaban que mi deseo era saltar al otro lado del muro. No podía sino sonreír al ver con qué esfuerzo me cerraban la puerta, mientras mis pensamientos les seguían fuera de allí, sin obstáculo ni impedimento, cuando ellos eran los únicos peligrosos”.³²³

En la mejor tradición cívica, la que arranca de Sócrates y llega hasta Mandela, Thoreau estableció, como ellos, que

como no podían llegar a mi alma habían decidido castigar mi cuerpo, como hacen los niños que cuando no pueden alcanzar a la persona que les fastidia, maltratan a su perro. Yo veía al Estado como a un necio, como a una mujer solitaria que temiese por sus cubiertos de plata y que no supiese distinguir a sus amigos de sus enemigos... El Estado nunca se enfrenta voluntariamente con la conciencia intelectual o moral de un hombre sino con su cuerpo. Con sus sentimientos. No se arma de honradez o de inteligencia sino que recurre a la simple fuerza física. *Yo no he nacido para ser violentado*. Seguiré mi propio camino. Veremos quién es más fuerte.³²⁴

Lo que pudiera parecer una mera baladronada es una convicción moral: la fortaleza del espíritu y la fidelidad a leyes de esa índole, a una ética

³²³ *Ibidem*, p. 47.

³²⁴ *Ibidem*, p. 48.

de autonomía individual, de soberanía personal, de responsabilidad final, es el arsenal de la desobediencia civil y de la resistencia pasiva al poder arbitrario.

El relato de aquella empuñada noche de Concord es memorable:

El carcelero me presentó a mi compañero de celda como un individuo inteligente y de bien natural. Cuando cerraron la puerta me enseñó dónde podía colgar el sombrero y cómo se las arreglaba uno allí dentro. Blanqueaban las celdas una vez al mes y ésta, si no las demás, era la habitación más blanca, más sencillamente amueblada y probablemente más limpia de toda la ciudad... Probablemente sea ésta la única casa en la ciudad donde se componen versos que luego se copian aunque no lleguen a publicarse. Me enseñaron una larga lista de versos compuestos por varios jóvenes a los que habían descubierto en plena huida y los cantan para vengarse... Pernoctar allí esa noche fue como viajar a un país que jamás hubiera imaginado conocer. Me parecía que nunca antes había oído las campanadas del reloj del ayuntamiento, ni los ruidos de la noche en la ciudad y es que dormíamos con las ventanas abiertas por dentro de la reja. Era como contemplar mi ciudad natal a la luz de la Edad Media y nuestro Concord convertido en el Rhin, con visiones de caballeros y castillos desfilando ante mí... Me proporcionó un conocimiento de primera mano de mi ciudad natal. Estaba absolutamente dentro de ella. Nunca hasta entonces había visto sus instituciones. Empezaba a comprender de verdad a sus habitantes.

Es transparente el recurso del que se vale Thoreau: la trasmutación del encierro en liberación. Al entrar en su celda, ingresó gracias a su imaginación y su sensibilidad, a una “dimensión desconocida” que le abrió los ojos a la “realidad de lo real”, y que hizo que conociera la urdimbre social la trama más profunda de su pueblo.

Por la mañana al terminar el desayuno de medio litro de chocolate con pan moreno... caí en la novatada de devolver el pan que me había sobrado, pero mi compañero agarró y me dijo que debía guardarlo para la comida o la cena. En seguida le dejaron salir para acudir a su trabajo de recogida de heno (había incendiado involuntariamente un granero) en un campo cercano, al que iba cada día y no volvía hasta el mediodía...

Cuando salí de la prisión pues alguien intervino en mis asuntos y pagó el impuesto (Emerson, posiblemente), el Estado en el que vivía se me presentaba con mayor nitidez. Vi hasta qué punto podía confiar como vecinos o amigos en la gente con la que vivía, que su amistad era poco de fiar, que no se proponían hacer el bien.

Eran de una raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones... Después de todo no eran tan nobles y trataban al ladrón como les había tratado a ellos.

La denuncia de las buenas conciencias era un acto de congruencia, y la crítica de la “ley del talión”, una toma de posición frente a un sistema penal rudimentario e ineficaz. Rechazar el bíblico “ojo por ojo y diente por diente” fue también propio de Gandhi y de Mandela, y los resultados finales de tal proceder nadie podría desdeñarlos o tacharlos de irrealismo. Grandes y estelares, son una contundente demostración, una prueba más de la fertilidad de la no violencia, que Thoreau proponía a la hora de la desobediencia.

Al salir de prisión se fue a recoger bayas, a tres kilómetros de distancia de Concord, desde donde “ya no se veía al Estado por ningún lado”.³²⁵ A Thoreau, en cambio, se le veía “deseoso de ser un buen vecino y un mal súbdito” pagando escrupulosamente el impuesto de carreteras y contribuyendo al mantenimiento de las escuelas con su magisterio cotidiano.

Si otros, por simpatía con el Estado, pagan los impuestos que yo me niego a pagar, están haciendo lo que antes hicieron por sí mismos o, por mejor decir, están llevando la injusticia más allá todavía de lo que exige el Estado. Si los pagan por un equivocado interés en la persona afectada (como fue el caso de él mismo) para preservar sus bienes o evitar que vaya a la cárcel, es porque no han considerado con sensatez hasta qué punto sus sentimientos personales interfieren con el bien público.

El párrafo pinta a Thoreau de cuerpo entero, regañón y excéntrico, incómodo vecino, que a fuerza de congruencia no agradecía la ayuda, pues le era preferible el bien público y la desobediencia personal.

Una reflexión de largo alcance y de hondura filosófica viene a rematar el ensayo:

Si me pudiese convencer a mí mismo de que tengo el más mínimo derecho a sentirme satisfecho de los hombres tal como son y tratarlos en consecuencia y no, en cierto sentido, según mi convicción y mi esperanza de cómo ellos y yo deberíamos ser, entonces como un buen musulmán y fatalista me las arreglaría para quedarme tranquilo con las cosas tal como son y diría que se trataba de la voluntad de Dios... No tengo interés en discutir con ningún hombre o nación. No deseo ser puntilloso y establecer distinciones sutiles; ni tampoco quiero presentarme como el mejor de mis conciudadanos. Lo que yo busco, en cambio, es una excusa para dar mi conformidad a las leyes de este país.

³²⁵ Thoreau, *op. cit.*, p. 50.

Estoy totalmente dispuesto a someterme a ellas. De hecho, siempre tengo razones para dudar de mi postura y cada año cuando pasa el recaudador de impuestos; me dispongo a revisar las leyes y la situación de ambos gobiernos, el federal y del Estado, así como la opinión del pueblo en busca de un pretexto para dar esa conformidad... Desde cierto punto de vista, la Constitución, con todos sus fallos, es muy buena; las leyes y los tribunales son muy respetables, incluso el gobierno federal y el de este Estado son, en muchos sentidos, admirables y originales... Pero si elevamos un poco nuestro punto de vista, en realidad no serían más que como los he descrito yo, y si nos elevamos aún más ¿quién sabe lo que son o si merece la pena observarlos o pensar en ellos?... *De todos modos, el gobierno no es algo que me preocupe demasiado y voy a pensar muy poco en él.* No son muchas las ocasiones en que me afecta directamente, ni siquiera en este mundo en que vivimos. Si un hombre piensa con libertad, sueña con libertad e imagina con libertad, *nunca le va a parecer que es aquello que no es y ni los gobernantes ni los reformadores ineptos podrán coaccionarle...* Los estadistas y legisladores (en cambio) se hallan tan plenamente integrados en las instituciones *que jamás las pueden contemplar con actitud clara y crítica...* Suelen olvidar que al mundo no lo gobiernan ni la política ni la conveniencia. Webster jamás ve más allá del gobierno y por tanto no puede hablar de él con autoridad. Sus palabras las consideran válidas aquellos legisladores que no contemplan la necesidad de una reforma social en el gobierno actual, pero a los inteligentes y *a los que legislan con idea de futuro* les parece que ni siquiera vislumbra el problema... Bien merece que le llaman, como ha ocurrido, el *Defensor de la Constitución*. Los únicos golpes que ha dado, han sido siempre defensivos. No es un líder, sino un seguidor. “Respecto del hecho de que la Constitución sancione la existencia de la esclavitud ha dicho Webster que, dado que forma parte del contrato original, dejémosle como está.”³²⁶

Thoreau se tira a fondo contra el inescrupuloso político profesional: “Pese a su especial agudeza y habilidad es incapaz de extraer un hecho y sacarlo de sus meras implicaciones políticas para contemplarlo de una manera exclusivamente intelectual”. En lugar de tal, prefiere Webster justificar la atroz institución: “El modo en que el gobierno de esos Estados donde existe la esclavitud hayan de regularla, es asunto suyo, responsabilidad suya ante sus electores, ante las leyes generales de lo que es apropiado de la humanidad y la justicia y ante Dios”, salida facilona y de leguleyo que no resolvía nada, antes bien, convalidaba la violenta esclavitud. La actual vigencia del paseante casi, siempre solitario, rousseauiano de otro emblemático lago es patente, especialmente al final del ensayo:

³²⁶ *Ibidem*, p. 55.

La autoridad del gobierno, aún aquella a la que estoy dispuesto a someterme —pues obedeceré a los que saben y pueden hacer las cosas mejor que yo, y en ciertos, casos hasta los que no saben ni pueden— es todavía muy impura. Para ser estrictamente justa habrá de contar con la aprobación y el consenso de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi persona y propiedad que el que yo conceda. El progreso de una monarquía absolutista a otra limitada en su poder, y desde esta última hasta una democracia, es un progreso hacia el verdadero respeto por el individuo... ¿Una democracia, tal como la entendemos, es el último logro posible en materia de gobierno? ¿No es posible *dar un paso adelante tendente a reconocer y organizar los derechos del hombre*? Jamás habrá un Estado realmente *libre y culto* hasta que no reconozca *al individuo como un poder superior e independiente*, del que se deriven su propio poder y autoridad y le trate en consecuencia. Me complazco imaginándome un Estado que por fin sea justo con todos los hombres y trate a cada individuo con el respeto de un amigo. *Que no juzgue contrario a su propia estabilidad* el que haya personas que vivan fuera de él, un interferir con él ni acogerse a él, tan solo cumpliendo con sus deberes de vecino y amigo. Un Estado que diera este fruto y permitiera a sus ciudadanos desligarse de él al lograr la madurez, prepararía el camino para otro Estado más perfecto y glorioso aún, al cual también imagino a veces, pero todavía no he vislumbrado por ninguna parte.³²⁷

Es el punto final, no solamente del ensayo: también lo sería de la historia, ahora sí y en serio, y no como alguno poco serio lo planteara hace décadas.

Era imparable el filósofo de Concord. La desobediencia como deber no era cualquier propuesta: era la consiga libertaria contra un Estado esclavista (Massachusetts) y el Estado invasor del vecino, un auténtico delincuente internacional, papel que desempeñaría otra vez en Vietnam, ayudado por el silencio de la comunidad mundial de Estados, cómplice de la carnicería. Thoreau no podía (ni nadie, en última instancia) prestar su obediencia leal a tal engendro, una criatura que crecía sin freno y deformadamente, monstruosa y temible, ya ominosa en los días en que Thoreau pergeñaba su discurso sobre la esclavitud, publicado el 21 de julio de 1854, pero pronunciado días antes, el día de la Independencia. Ahí quedó dicho para la posteridad; para nosotros ahora, que “los que se han educado en la escuela de la política son incapaces, una y otra vez, de enfrentarse a los hechos”, apotegma sin desmentido posible, aunque existan excepciones eminentes a la contundente descalificación. Una “Ley de Esclavos Fugitivos de 1850”, que prescribía el deber de detenerlos y retornarlos a sus antiguos amos fue

³²⁷ *Ibidem*, pp. 56 y 57.

el disparador de la indignación moral colectiva: Emerson dijo que no la obedecería, como tampoco Alcott y Melville y la pléyade literaria de Concord. Thoreau exigió la derogación de aquel mamarracho legaloide, una ley inicua.

El juez que, en Boston, interrogaba a los detenidos para determinar si eran o no esclavos fugitivos, un tal míster Loring, le parecía una impertinencia viviente: “no le pedimos que tome una decisión, le exigimos que se vaya”.³²⁸

Thoreau resultó un prolífico padre de los “indignados”, que llenan hoy plazas y parques en toda la tierra. Para nuestra particular enfermedad sexual, Thoreau tuvo también palabras premonitorias:

La proeza del Gobernador consiste en pasar revista a las tropas los días señalados. Le he visto a caballo, descubierto y escuchando las oraciones del capellán. Nunca más he visto a un Gobernador. Creo que me las arreglaría bien sin ninguno. *Si no sirve tan siquiera para evitar que me secuestren, ¿qué otra utilidad importante puede prestarme?...* Pero, por fin, en este caso (el de Burns) sí hemos oído al Gobernador: ¡Después de que él y el gobierno de los Estados Unidos hubieran logrado con éxito robarle su libertad de por vida a un pobre negro inocente y tras arrancarle la más íntima semejanza con su Creador, pronunció un discurso ante sus cómplices en una cena de celebración!

La repulsa de Thoreau al estado de cosas al que se había y a la índole esclavista que la mitad de Norteamérica profesó, fue voz potente de la conciencia ciudadana contra aquella odiosa institución.

Y el estado de cosas era vergonzoso: la totalidad de las fuerzas armadas del Estado estaban al servicio de los dueños de esclavos y, en el caso de Anthony Burns, el fugitivo, a las órdenes de un tal Suttle, plantador de Virginia, para finalmente, arrestarlo y condenarlo, devolviéndolo a éste su “propietario”.

“¿Para esto —se preguntaba Thoreau— han servido todos estos soldados, toda esta institución en los últimos setenta y nueve años? ¿Se han instruido sólo para saquear México y devolver los fugitivos a sus amos?”³²⁹ Thoreau sin embargo no desesperará, pues la reacción al problema no se hizo esperar:

³²⁸ Thoreau, “La esclavitud en Massachusetts”, en *Desobediencia civil y otros escritos*, traducción de Díaz, ed. de Coy, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 58-78.

³²⁹ *Ibidem*, p. 63.

Hace tres años, justo una semana después de que las autoridades de Boston se reunieran para entregar a un hombre totalmente inocente a la esclavitud y sabiendo ellos que era inocente, los habitantes de Concord tocaron las campanas y dispararon los cañones para celebrar su libertad y la valentía y el amor a la libertad de sus ascendientes en el puente. Como si esos tres millones hubieran luchado por el derecho de ser libres ellos, para poder esclavizar a otros tres millones... Todos los honrados e inteligentes habitantes de Concord, al oír esas campanas y esos cañones, no pensarán con orgullo en los sucesos del 19 de abril de 1775 sino en la vergüenza de los sucesos del 12 de abril de 185.

Me gustaría —añadió— que mis compatriotas consideraran que cualquiera que sea la ley humana, ni un individuo ni una nación pueden cometer el menor acto de injusticia contra el hombre más insignificante, sin recibir por ello un castigo. Un gobierno que comete injusticias deliberadamente y persiste en ellas, a la larga se convertirá incluso en el hazmerreír del mundo.

La esperpéntica ley de esclavos fugitivos era polémica y discordante; fue un último toque del clarín de guerra de los esclavistas, antes de armarse contra Lincoln:

Oigo que se habla mucho de pisotear esta ley. No se precisa ningún esfuerzo para hacerlo. Esta ley no se eleva a la altura de la cabeza o de la razón y su hábitat natural es la inmundicia. Nació y se crió y tiene su vida en el polvo y el lodo, a la altura de los pies. El que camina con libertad y no evita, con misericordia hindú pisar cada reptil venenoso, la pisará sin remedio y la aplastará bajo su pie, a ella y a Webster su autor, como si fueran un escarabajo y su bola excremental.

En cuanto a metáforas, tampoco le faltaba tino al buen Thoreau, quien hoy advertiría la actual multiplicación mundial de aquellos coleópteros repugnantes.

Su tesis de que “la ley nunca hará libres a los hombres, son los hombres los que deben hacer libres a la ley”, conduce a la acción y no a la resignación, pues hace de los ciudadanos y su conciencia individual y colectiva la más alta instancia de su valor y utilidad. Con perspicacia, Thoreau vio venir a Randolph Hearst y a los otros Kane de ayer y hoy; de los periódicos *Post*, *Mail* y *Times* de Boston se preguntaba si quedaba alguna basura que no hubieran lamido ellos con su conducta, ensuciándola más con su propia baba, papeles sacados de la alcantarilla pública, “una hoja del evangelio de la taberna y el burdel”, ésa era, es y será la prensa, “el único libro que ha publicado Norteamérica”, expresión injusta y desmesurada que, sin embargo, conlleva un fondo de verdad, pues los gacetilleros letrenarios ensucian el

papel y el aire en que viajan criminales sandeces alrededor de un mundo ya oprobioso en buena medida a causa de ellos.

“Quisiera recordarles a mis compatriotas que ante todo deben ser hombres y americanos después, cuando así convenga”, es decir, que hay códigos y leyes primordiales, naturales y universales, a los que se debe obediencia en primer lugar y antes que todas las restantes.

Pero no eran tiempos para serenas reflexiones, pues ensordecedores tambores de guerra tocaban a empuñar las armas, y los Estados Unidos de América corrían riesgo inminente, el mayor peligro que han enfrentado en su historia nacional:

“Lo que debería preocupar a Massachusetts no es la Ley de Esclavos Fugitivos sino su propia esclavitud y servilismo. Que este Estado disuelva su unión con el dueño de esclavos... Que cada habitante del Estado disuelva su unión con él mientras retrase el cumplimiento de su deber...”. Subrayó que “la meta de su buen gobierno es darle más valor a la vida”, y el caso de Burns, convirtiendo a la esclavitud a un hombre indefenso, Massachusetts, se había tornado en un “infierno en la Tierra”, agotando “la libertad heredada”, por la que era preciso luchar sin tregua de ahí en adelante.

Thoreau, incansable en su apostolado, dio vida a su “Apología del capitán John Brown”, discurso pronunciado el 30 de octubre de 1859, que para Virginia Wolf contiene la quintaesencia del pensamiento del concordiano. No es este el lugar para narrar la historia del personaje elegido por Thoreau, héroe postrero en la imaginería de los nortehños durante la guerra civil, “quien no se educó en una Universidad llamada Harvard y no se alimentó de la papilla que ahí se elaboraba”.³³⁰ “En cambio se educó en la Gran Universidad del Oeste donde asiduamente acometió el estudio de la Libertad. Pertenece a ese grupo del que se dicen muchas cosas pero del que, la mayoría de las veces, no sabemos nada en absoluto: los puritanos”. Brown, dice Thoreau, “reclamaba hombres de principios, hombres temerosos de Dios, orgullosos de sí mismos para, con una docena de ellos, enfrentar a cien rufianes... Jamás pudo conseguir más de veinte reclutas que tuvieran su aprobación y sólo una docena, entre ellos sus hijos contaban con su plena confianza”. Era, en cierto modo, una reencarnación americana de Oliver Cromwell, y su campamento un lugar en donde se rezaba mañana, tarde y noche, como en los del Lord Protector. Hombre de costumbres espartanas, de gran sentido común y de claridad de expresión y acción, un trascendentalista ante todo,³³¹ Brown persiguió toda su vida un mismo propósito, “dentro de los límites de la razón... Simplemente decía la verdad y trasmítala su propia firmeza”. Peculiar —dice Thoreau— era

³³⁰ Thoreau, H. D., “Apología del capitán John Brown”, en *op. cit.*, pp. 79-111.

³³¹ Véase la caracterización del trascendentalismo de Nueva Inglaterra.

su doctrina: un hombre tiene perfecto derecho a interferir por la fuerza contra el amo como medio de rescatar al esclavo. “Yo estoy de acuerdo con él”, proclamó Thoreau, añadiendo que “estos hombres al enseñarnos a morir (Brown fue ahorcado) nos han ensañado al mismo tiempo a vivir”.

Brown podría haberlo signado su testamento.

“Me apenan los pobres cautivos que no tienen a nadie que les ayude; por eso estoy aquí, no para satisfacer ninguna animosidad personal, venganza o espíritu revanchista, sino por mi simpatía hacia los oprimidos y los agraviados, que son tan buenos como vosotros y tan preciosos a los ojos de Dios”.

En la década setenta del siglo XX la obligación política y la desobediencia civil cobraron auge académico, resultado de la necesidad de descifrar el descontento social que los activistas políticos y los líderes emergentes habían sabido canalizar en pro de la igualdad de géneros, el fin de la guerra de Vietnam, la universalidad de los derechos civiles, el respeto por las relaciones sexuales y un etcétera, que incluirá el incipiente ecologismo político, mientras en la región latinoamericana el fenómeno trágico del golpe de Estado militar la cubrió de luto y llamó necesariamente a reflexionar sobre aquel tema, que Thoreau y otros habían puesto en circulación, inaugurando la “militancia”, militancia moral de la conciencia crítica, como lo sostiene Nancy Rosenblum,³³² para quien la noción de militancia no basta para explicar totalmente a Thoreau: su actitud —afirma— refleja una permanente tensión entre su conciencia crítica y social por un lado y su sensibilidad excepcional por el otro, “espíritu que permanece inmenso en *un esquema puramente romántico*”, hilo conductor de estas páginas.

“Como poseedor de una conciencia crítica asume y crea valores de un individualismo radical, dispuesto a la acción y al cambio político; como romántico se siente preocupado por el desarrollo integral de sus propios valores éticos y estéticos, aún cuando no esté presente ningún problema político”.³³³ Henry Miller afirmó: “tan sólo hay cinco o seis hombres en la historia de América que para mí tienen significado. Uno de ellos es Thoreau...”.³³⁴ Añade el gran dramaturgo que el solitario de Walden fue un aristócrata del espíritu, era una clase de persona, que de haber proliferado habría provocado la inexistencia de los gobiernos. “Éste es, a mi parecer, el mejor tipo de hombres que una comunidad puede reproducir”.³³⁵ Totalmente de acuerdo.

³³² Citada por Malem Seña, J. F., *Concepto y justificación de la desobediencia civil*, Barcelona, Ariel, 1988, p. 82.

³³³ *Idem*.

³³⁴ *Ibidem*, p. 83.

³³⁵ *Ibidem*, p. 84.